BOLSILIBROS BRUGUERA

SORTEO DEL MILLON

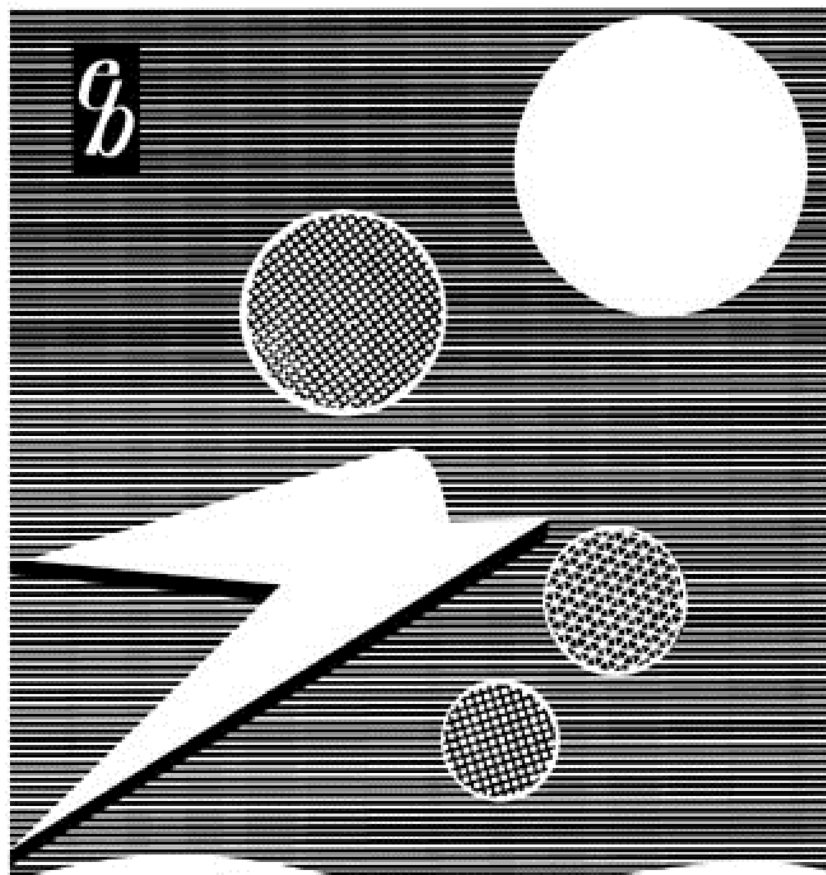
la conquista DEL ESPACIO

PERROS DEL ESPACIO

clark carrados

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

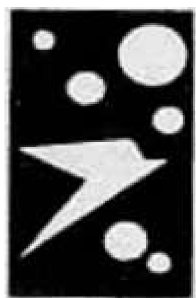
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

161 - Ruta desconocida - *Marcus Sidéreo*
162 - Las estrellas malditas - *J. Chandley*
163 - La última galaxia - *Curtis Garland*
164 - La Bella Durmiente del espacio - *Ralph Barby*
165 - Después del cataclismo - *Peter Kapra*

CLARK CARRADOS

PERROS DEL ESPACIO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 166
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA ■ BOGOTA ■ BUENOS AIRES - CARACAS • MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera S. A.

Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1973

CAPÍTULO PRIMERO

Saltó hacia los barrotes de la parte superior de su jaula y se columpió con fuerza, a la vez que flexionaba brazos y piernas. Luego quedó colgado de una sola mano y se llevó la otra a la nariz, sacando la lengua al mismo tiempo en un inequívoco gesto de burla.

Los espectadores rieron. El cautivo se dejó caer al suelo y dio unas ágiles volteretas sobre si mismo. Alguien le arrojó comida y la olfateó precavidamente, antes de ingerirla. Después, hizo unas cuantas muecas y volvió a colgarse de los barrotes de la parte superior.

Era uno de los cautivos que más llamaban la atención entre los visitantes del Zoo. Se trataba de un animal de notoria corpulencia y gran escasez de pelo, salvo el cráneo. Su piel era relativamente fina y de color tostado claro. Extrañamente, sus ojos eran grises.

Al pie de su jaula había una inscripción en el idioma de los científicos de Kivo-7, traducida, naturalmente, al lenguaje común:

Era ésta:

HOMO TERRESTRIS

El nombre de aquel *Homo terrestris* era Roy Lawnir.

Roy no se comportaba por capricho como un mono en su jaula, ni tampoco lo hacía para llamar la atención de sus visitantes. Simplemente, era una forma de hacer ejercicio y de cultivar sus músculos.

Llevaba ya casi siete semanas en la jaula. Si se abandonaba, acabaría convertido en un guiñapo. La comida, monótona, era, al menos, nutritiva y nada escasa.

La evasión era absolutamente imposible. Roy había buscado todos los medios para escapar de aquel Zoo en el que se le exhibía con cientos y cientos de seres vivos de todas formas y dimensiones pero todo había sido inútil. Estaba condenado a vivir enjaulado mientras durase su existencia.

Los barrotes, aparentemente, eran de vidrio. Roy había descubierto bien pronto que no era sino metal transparentado, probablemente, calculaba, por medio de la alineación direccional de

sus moléculas constitutivas. En comparación con aquel metal, el mejor acero de la Tierra era poco más que madera.

La jaula tenía un pequeño compartimento destinado a su aseo. Un par de veces al día, llovía en aquel lugar. Roy se ponía bajo la ducha; le gustaba estar limpio. En cuanto a dormir, lo hacía en el propio suelo, no demasiado duro y calentado artificialmente hasta adquirir la temperatura de su propio cuerpo.

A veces, Roy creía soñar viéndose en la jaula y observado a diario por cientos de visitantes. Ahora, por fortuna, la afluencia de público menguaba: en los primeros días, la noticia de la captura de una nueva presa para el Zoo kivoniano había motivado una verdadera estampida de curiosos.

En verdad, Roy pensaba que sus visitantes eran seres de pesadilla: de cabeza y cuerpo casi esférico, piel grisácea, aterciopelada y extremidades sumamente delgadas, cada una de ellas terminaba en seis dedos largos y filamentosos. Puesto que la cabeza y el cuerpo formaban una sola entidad, Roy pensaba que los kivonianos eran producto del lápiz de un chiquillo terrestre de pocos años.

El lenguaje de los kivonianos le resultaba incomprensible: era como una mezcla de ladrido, gruñido y maullido, pero, a veces, adoptaba tonalidades de silbido. Roy empezaba a pensar que las palabras que se pronunciaba como silbidos venían a significar expresiones admirativas.

De pronto, vio venir al doctor Nwub, acompañado del guardián jefe del Zoo.

El doctor Nwub, se encargaba de la salud de los huéspedes del Zoo. En la Tierra, pensó Roy, hubiera sido llamado veterinario jefe. Nwub no era kivoniano, sino de Aldur. Los aldurianos se reconocían en seguida.

Su forma era bastante distinta de la de los kivonianos. Parecía una gran lagartija, dotada de una cabeza descomunal. El color de su piel era verdoso, pero la principal característica era el globo transparente que le envolvía por completo y que, además, contenía metano a nueve atmósferas de presión.

Los aldurianos no podían vivir en una atmósfera corriente de oxígeno y nitrógeno. Para solucionar el problema de su existencia en una atmósfera distinta a la de su planeta nativo, vivían en esferas autopropulsadas por un motor de anti gravedad incorporadas. Por

supuesto en la capital de Kivo 7 tenían sus propias viviendas estancas, en las que podían moverse con mayor facilidad que dentro de su vehículo esférico.

El globo se detuvo ante la jaula que ocupaba Roy. Los delgados sensores manejados desde el interior de la esfera se acercaron a Roy. Nwub le auscultó: presión, temperatura, pulso…

—Estado satisfactorio —cloqueó a través de su radio.

—Bien, doctor —contestó Kbin, el guardián jefe.

Roy les sacó la lengua. Nwub y Kbin se alejaron.

—Otro día más —suspiró el terrestre.

Después de la visita del «veterinario» llegaría la comida: una tableta alimenticia. Insípida casi, pero que satisfacía el apetito sobradamente para doce horas. ¿Dos tabletas al día… y ya había ingerido unas noventa, de modo que llevaba alrededor de cuarenta y cinco días prisionero en aquel Zoo espacial. No estaba seguro del número de días, porque sólo había empezado a contar las tabletas después de algún tiempo, pero la cifra de noventa tabletas le parecía la más aproximada.

Y así, hasta, que muriese. Contaba alrededor de treinta años de jaula… o quizá más; todo dependía de que el alimento que le daban tuviese propiedades benéficas para el alargamiento de la existencia.

Todavía no acababa de coordinar demasiado bien sus ideas en lo referente al hecho de su captura. Aquella nave que se había presentado de improviso sobre su campamento, la persecución por sus tripulantes, el enlazamiento posterior… y luego el viaje por el espacio, que no se sabía cuánto había durado, puesto que lo había realizado en estado de inconsciencia.

Un buen día, había despertado en la jaula y a allí estaba.

Humano en un Zoo, una fiera más destinada a satisfacer la curiosidad de las gentes.

* * *

El kivoniano junto al cual trotaba Kbin, el guardián jefe, parecía ser un personaje de importancia. En torno a su cuerpo esférico llevaba una especie de cinturón metálico, amarillo, trabajado laboriosamente. Parecía oro, se dijo Roy.

Además, iba en una especie de carruaje que más bien semejaba una litera, transportada por ocho hercúleos seres de forma semejante a la humana. No obstante, carecían de ojos, boca y nariz; eran como

la silueta en relieve de un hombre terrestre.

Los seres inteligentes de la Galaxia podían adoptar una variedad de formas infinitas. Quizá aquellos individuos oían y veían por otros sentidos muy distintos de los suyos, pensó Roy.

De repente, la litera se detuvo frente a la jaula.

Su ocupante fijó los ojos en el prisionero. Eran unos ojos de contornos casi redondos, cada uno de ellos con doce facetas que emitían un singular brillo irisado. En su mano derecha, el personaje tenía algo parecido a un suave látigo, terminado en un finísimo plumero, con el que, de cuando en cuando, acariciaba a alguno de los porteadores de la litera.

El personaje cloqueó algo. Kbin contestó respetuosísimamente; casi no se atrevía a levantar los ojos del suelo.

De pronto, el personaje entregó algo a Kbin, quien, inmediatamente, lo colgó de uno de los barrotes de la jaula. Roy vio que era como una cajita negra, de forma oblonga y de unos doce centímetros de largo. El personaje sostenía algo en su mano.

Una voz hirió de pronto sus tímpanos:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas? ¿Qué clase de ser eres?

Roy se sobresaltó enormemente. Miró al personaje estupefacto, sin entender muy bien lo que sucedía.

Kbin tenía otra cajita análoga.

—Contesta, cerdo —le apostrofó—. El gran ILD-UL-MRZIN, Séptimo Octarca de Kivo 7, te ha dirigido la palabra.

Roy tragó saliva. Aquellos aparatos eran traductoras automáticas.

—¿Es que no sabes hablar? —gritó Kbin—, Los «tests» que se te hicieron cuando estabas inconsciente, probaron que tenías inteligencia, como nosotros. ¿Por qué no contestas, perro?

—Calma, Kbin —dijo el personaje con acento benevolente—. Con seguridad, el prisionero está aún aturdido. ¿No es así?

—En efecto, Ild Ul...

—Escucha, puerco, cuando pronuncies el nombre de nuestro Séptimo Octarca, hazlo con el acento superior, ¿entendido?

Ild «sonrió», o al menos, así se lo pareció al prisionero.

—Es el protocolo —explicó—. El nombre de un Octarca debe ser pronunciado siempre con mayúscula.

Roy comprendió. De modo que en el lenguaje kivonita, los

sonidos tipo silbido correspondían a las mayúsculas.

—Sí, señor —contestó, procurando silbar al mismo tiempo.

—Te hice antes unas preguntas —dijo Ild—. Aún no las has contestado.

—Suplico perdón, señor. Me sentí aturdido y... Mi nombre es Roy Lawnir y procedo de la Tierra, un planeta perteneciente al sistema solar. Soy humano, al menos, así nos consideramos en mi planeta. Eso es todo, señor.

—Me quedo con él, Kbin. Envíame la factura a mi despacho —decretó Ild.

—Sí, señor —contestó el guardián.

Kbin llevaba un cinturón, del que pendían unos objetos parecidos a llaves. Fue a abrir la jaula con una de ellas, pero de repente, pareció acordarse de algo.

—Dispénseme, señor. Me desagradaría incurrir en tu enojo, pero es preciso que, antes de que te entregue al cautivo, haga lo que marca la ley —manifestó.

—No quisiera ser yo quien te ayudase a quebrantarla, Kbin —sonrió Ild.

Kbin se alejó al trote, para volver minutos más tarde con un extraño objeto en la mano.

—No te resistas —dijo al prisionero—. Te enviaría una descarga paralizante, que podría causar funestos efectos en tu organismo.

Roy no pensaba resistirse. ¿Adonde podía ir en un planeta que le resultaba absolutamente desconocido, completamente sin armas y con un trozo de tela, que ni el nombre de taparrabos merecía, como única vestimenta?

Parte de los barrotes desaparecieron. Roy no hubiera sabido decir cómo había ocurrido. Luego, Kbin se le acercó y le puso en torno al cuello una especie de cinta de metal muy delgado y flexible. Hizo presión en algún sitio y el collar quedó cerrado en torno a su garganta.

Acto seguido, Kbin sujetó un delgado hilo a una anilla que había en el collar. El otro extremo fue a parar a una de las manos de Ild.

—El prisionero es tuyo, señor —dijo Kbin.

—Gracias, tendré en cuenta tu acción —contestó Ild—. Ven, sígueme —se dirigió a Roy.

La litera se puso en marcha. Antes de empezar a andar, Kbin le

entregó la traductora automática.

—Has tenido suerte —le dijo.

—¿Suerte? —contestó Roy—. Parezco un perro.

—Hace años, capturamos a uno de tus congéneres. Fue a la Universidad Anatómica para su estudio. Tú vivirás al lado del Octarca.

—Como un perro —rezongó el prisionero.

Y empezó a trotar junto a la litera.

CAPÍTULO II

Salieron del Zoo y caminaron a lo largo de una amplia avenida, flanqueada de árboles altísimos y de extraños ramajes. Las hojas, grandes, casi como sábanas, poseían unos colores vivísimos, realmente atractivos. Pero a Roy no le atraía la contemplación del paisaje.

Los hombres-silueta que portaban la litera se movían como autómatas. Roy se felicitó de no haber dejado de hacer ejercicio un solo día; de lo contrario, a los quinientos metros, ya se habría dejado caer rendido por tierra, a causa de la rapidez de la marcha.

A lo lejos, se veían edificios de todas las formas, aunque abundaban las esferas sostenidas por un delgado péndulo. No había aglomeraciones humanas ni se veían tampoco vehículos de ninguna clase.

Roy se preguntaba una y otra vez cuáles eran las intenciones de Ild. El collar y la correa le inspiraban la imagen de un perro recién adquirido en una tienda de animales, pero también le inspiraban otra idea.

Esclavitud.

«¿Voy a ser el esclavo de Ild?», se preguntó.

Ild, reclinado sobre sus almohadones, se dejaba llevar, sumido en sus pensamientos. Pero, pese a ello, no soltaba el otro extremo del hilo que sujetaba a Roy.

El terrestre se preguntó si los kivonianos no disponían de otra clase de vehículos. Una civilización tan adelantada, opinó, debía de haber sabido construir medios de transporte más eficaces que una simple litera, porteada por aquellos hombres silueta en relieve.

El terreno era ondulante, con suaves desniveles. La comitiva arremetió contra una ligera cuesta y los porteadores de la litera aflojaron un tanto su marcha.

De repente, se oyó un agudo alarido en las inmediaciones.

Sobresaltado, Roy miró a derecha e izquierda. Un sujeto, de gigantesca estatura, se arrojó contra la litera, blandiendo en la mano derecha un venablo de aterrador aspecto.

—¡Ild, vas a morir! —gritó el individuo.

El Octarca se volvió a medias hacia el atacante, quien ya se disponía a dar el último salto que le llevaría a su presa. De súbito,

algo se interpuso en su camino y rodó por el suelo con tremendo golpazo.

Antes de que pudiera recuperarse, Roy se apoderó del venablo. El sujeto, pese a todo, se levantó de un salto, con singular agilidad, sólo para encontrarse con su propio venablo que viajaba inexorablemente en busca de su pecho.

Se oyó un alarido aterrador. El hombre cayó de espaldas, agarrándose el pecho con ambas manos. Roy conservaba aún el venablo, una espantable arma de metro y medio de larga, con una aguzada punta de brillante metal en su extremo. El metal, ahora, había perdido el brillo perdido para adquirir un siniestro tono rojo.

Alguien gritó en otro sitio.

Roy se volvió.

Otro hombre, aún más alto que el anterior —al menos medía dos metros y medio de estatura—, corría hacia la litera, con las mismas intenciones que su compañero.

Roy no podía soñar esta vez en repetir su zancadilla, lo que había hecho fracasar el primer ataque. Pero sí se daba cuenta de la falta de coordinación en el atentado. ¿Por qué no habían atacado los dos al mismo tiempo?

No era hora de especulaciones. El venablo que tenia en la mano partió con terrible ímpetu y fue a clavarse en el cuerpo del segundo atacante, en la parte alta del pecho, casi junto a la garganta. El atacante cayó, y, al hacerlo, el venablo tropezó por el otro extremo en el suelo.

La punta del arma salió por su espalda más de un palmo. Roy se apresuró a apoderarse del otro venablo, por si se presentaba un nuevo atacante.

Los porteadores se habían detenido, aturdidos o desconcertados. Roy paseó la vista en todas direcciones y no consiguió ver a más posibles atacantes.

—Me has salvado la vida —dijo el Octarca.

Roy se volvió hacia el kivoniano.

—Era mi deber, señor. Soy tuyo y debo velar por tu seguridad —contestó.

—Lo tendré en cuenta, Roy. ¿Te has fijado? El primero pronunció mi nombre con toda irrespetuosidad. Sólo por eso se merecía un duro castigo, pero tú te has encargado de ello.

—Sí, señor.

Roy se fijó entonces en los frustrados asesinos, hombres como él, aunque de una corpulencia que los convertía en gigantes. El más bajo de los dos le sobrepasaba sesenta o setenta centímetros de estatura.

Ild pareció adivinar sus dudas.

—Sí, aquí en Kivo 7 viven gentes de todas las razas, aun que no se pueda decir que conviven —manifestó—. Pero ya hemos perdido bastante tiempo. ¡Sigamos!

—Perdón, señor; los cadáveres... —dijo Roy, a la vez que emprendía el trote junto a la litera.

—No te preocupes de esa minucia; ya se encargará de ellos quien debe hacerlo.

—Tú mandas, señor —contestó el prisionero con humildad.

Media hora más tarde, la litera se desvió por un camino bordeado de árboles muy semejantes a los cipreses terrestres. Era un paisaje luminoso, encantador, lleno de gracia y sumido en una delicada transparencia, que a Roy le recordaba los suaves crepúsculos de su planeta en el buen tiempo.

Un edificio apareció al final del camino. Roy adivinó que habían llegado a la residencia del Octarca.

* * *

El edificio era un gran cubo, de aristas redondeadas, sin ventanas, o al menos, así se lo pareció al prisionero. Estaba sostenido por una gran columna cilíndrica, de unos cuatro metros de altura por otro tanto de grosor. En torno al edificio, abundaban los macizos de flores exóticas y de muy vivos colores.

Una escalera se desplegó automáticamente, a la vez que se hacía visible el hueco de una puerta. La litera se había detenido ya. Alguien salió de la casa al encuentro de los recién llegados.

—Te saludo, ILD —dijo la hermosa mujer.

—Hola, Karmia —contestó el Octarca—, Este es Roy, mi nuevo sirviente.

Roy se sentía estupefacto.

Aquella hermosa mujer era una de las mayores sorpresas que había recibido. Nunca hubiera soñado encontrar una beldad semejante en la casa del Octarca.

Era morena, de largos y sedosos cabellos negros, piel tostada y cuerpo escultural. Su vestimenta consistía en un breve peto, con dos

cazoletas que escondían los senos, de trazado venusino, y una especie de falda muy transparente, que empezaba a ras de las caderas. En la muñeca izquierda, llevaba una gran pulsera, de oro o metal similar.

—¿Lo has comprado en el Zoo, señor? —preguntó Karmia, sin conceder al prisionero más que una ocasional mirada, llena de desdén.

—Sí, y ha sido una buena compra, porque han atentado contra mi vida y él, con un valor y una osadía realmente inconcebibles, ha logrado derrotar a mis atacantes. Le debo la vida, Karmia, así como suena.

Los ojos de la mujer expresaron horror y admiración a un tiempo.

—Te felicito, señor —dijo—. Presumo que la orden del atentado contra tu persona procede de…

Ild levantó una de sus manos exadáctiles.

—Hablaremos de eso durante la cena, Karmia —indicó—. ¡Bajad la litera!

Los porteadores obedecieron. Ild se apeó y tiró del hilo.

—Vamos dentro, Roy.

El prisionero no dijo nada. No merecía la pena por un lado; por otro, aún le duraba el asombro que le había causado la inesperada presencia de la bella Karmia en la casa.

Entraron. Ild enganchó el cabo del hilo en una anilla pendiente de la pared.

—Voy a asearme —dijo—. Ten la bondad de preparar la cena para dentro de treinta minutos, Karmia.

—Tú mandas, señor —contestó ella.

Ild desapareció. Entonces, Roy se atrevió a dirigirse a la mujer.

—Eh… Pssst… Oiga.

Karmia se volvió y le dirigió una mirada carente de amabilidad.

—¿No te has dado cuenta aún de cuál es tu papel en esta casa? —exclamó desdeñosamente.

Roy se llevó la mano a la garganta de un modo instintivo. Luego miró a Karmia.

El esbelto cuello de la mujer no tenía ningún collar.

—¡Guau! —contestó.

Y se sentó en el suelo.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella.

—Solamente... siento no tener rabo para moverlo en señal de júbilo —contestó él con amargo sarcasmo.

* * *

Karmia puso delante de Ild un plato lleno de una sustancia espesa, de color verdoso oscuro y que despedía ligeros vapores. Roy continuaba todavía en el mismo sitio.

Una especie de trompa surgió del lugar donde Ild debería haber tenido una nariz y se introdujo en la pasta del plato. Karmia permanecía en pie, respetuosamente. Roy, por su parte, volvió la cabeza a un lado.

La forma en que se alimentaban los kivonianos no era particularmente agradable, aunque pensó, tendría que acostumbrarse con el paso del tiempo. En la mesa, por otra parte, no había cubiertos ni nada que se le pareciese; sólo una copa de agua, cuyo contenido desapareció minutos más tarde, a través de la trompa, una vez concluida la pasta alimenticia.

«Y a mí, ¿es que no me van a dar de comer?», se dijo Roy, sintiendo en su estómago ciertos inequívocos retorcijones.

Con el agua, Ild dio su cena por terminada. La trompa se replegó y su cara tomó la apariencia habitual.

—Gracias, Karmia: hoy te ha salido la pasta muy sabrosa —dijo.

—Siempre procuro esmerarme en tu servicio, señor —contestó la mujer.

—Sí; ya lo sé; no podría haber encontrado otra servidora más fiel y abnegada que tú. Creo que Roy también posee esas cualidades, además del valor, por supuesto.

—¿De dónde es, señor?

—Terrestre. No sé dónde está ese planeta; nunca lo he oído mencionar.

—A mí me suena... De todas formas, mañana consultaré la Enciclopedia Galáctica y te informaré al respecto —dijo Karmia.

—Gracias —contestó Ild con acento intrascendente—. Pero me siento preocupado.

—Después de lo ocurrido, es lógico, señor.

Hubo un momento de silencio. Luego, Ild dijo:

—Karmia, ¿a quién podría beneficiar mi muerte?

—Lo ignoro, señor.

—También yo. Tengo ciertas sospechas, aunque no pasan de ahí.

Sin embargo, si llegara a conocer los motivos del atentado, creo que daría igualmente con su inspirador.

—Eres un Octarca demasiado benévolo. El pueblo te considera justo y prudente, señor. Algunos estiman que esas cualidades no son apropiadas para un Octarca.

—Lo sé, pero es que en Kivo 7 no se puede vivir siempre como... En fin —«suspiró» Ild—. Me siento un poco cansado. Seguiremos mañana.

—Sí, señor, como tú digas.

—Ah, y no te olvides de la consulta a la Enciclopedia Galáctica.

—Tendrás la información a la hora del desayuno, señor —prometió Karmia.

CAPÍTULO III

– ¡Guau! —dijo Roy.

Karmia se volvió hacia él.

—No entiendo el significado de esa palabra —manifestó.

Roy sonrió.

—Significa muchas cosas, según el tono que se emplee: cariño, odio, furia, rabia, temor... y también hambre —explicó.

—Ah, quieres comer.

—Si es que aquí se da de comer a los perros, por supuesto.

—Espera un momento.

Karmia se alejó hacia una de las habitaciones interiores, para volver a los pocos minutos con una tableta alimenticia en la mano, que arrojó al prisionero. Roy atrapó la tableta en el aire.

—Gracias. Agua.

—¿Qué?

—Ya lo has oído: también necesito un poco de agua.

—Pero, ¿es que crees que yo estoy a tu servicio, ser inmundo? —clamó Karmia, furiosa.

—No me importa a quién sirvas ni quién me sirva: lo que sí estimo es que tengo derecho a que se me satisfagan mis necesidades mínimas, esto es, comer y beber. Ah, y otra cosa, aquí, en esta casa, ¿quién baña a los animales domésticos?

Los ojos de Karmia despedían lumbre.

—¿Te burlas de mí? —dijo colérica.

—Agua —repitió Roy, impasible.

—Tendrás agua... y también otra cosa —contestó ella.

De nuevo se alejó. Cuando volvió, traía en la mano una especie de jarra. En la otra mano, tenía un látigo.

El látigo chasqueó y mordió el hombro izquierdo de Roy, quien se puso en pie en el acto.

—Cuidado, Karmia —advirtió.

—Después del Octarca, yo mando aquí —dijo ella, a la vez que blandía de nuevo el látigo.

Roy apretó los dientes al sentir que la tralla se enroscaba en torno a su cintura. Pero antes de que ella pudiera golpear de nuevo, Roy agarró el látigo con ambas manos y tiró hacia sí con fuerza.

Karmia gritó, trastabilló y cayó hacia adelante. Los brazos de Roy

la apresaron. Ella intentó desasirse, pero estaba en poder de un hombre de indudable robustez.

Cuando quiso darse cuenta, su boca era oprimida por la del hombre. Gruñó, gimió, pataleó y se debatió, pero todo fue inútil.

Roy aflojó ligeramente la presión, aunque sin soltarla del todo. Ella le dirigió una mirada incendiaria.

—Esto ha sido la expresión de lo que siente un hombre al ver una mujer hermosa —dijo él, sonriendo—. Y ahora, te haré sentir lo que hace un hombre cuando es azotado injustamente.

El puño derecho de Roy se disparó brusca y secamente, alcanzándola de lleno en el estómago. Karmia se sentó en el suelo, sin aliento, con los ojos llenos de lágrimas.

—Puedes dar gracias a que eres una mujer —añadió el prisionero, con semblante lleno de severidad—. De lo contrario, ya habrías muerto.

Agarró el látigo y se lo tiró al regazo.

—No vuelvas a azotarme —dijo—. Soy un perro, pero puedo morder. Guárdate de mi mordedura, ¿entiendes?

Karmia se levantó penosamente y se alejó sin pronunciar una sola palabra. Roy se quedó solo.

Paseó la vista por los alrededores. Estaba a cuatro pasos de la puerta.

Suspiró.

—¡Qué cosas! Guardar la casa como si fuese un perro auténtico.

Se tendió en el suelo, hecho de vistosas baldosas de vivos colores, de una sustancia ligeramente blanda y nada fría. Cerró los ojos y se esforzó en conciliar el sueño, a fin de olvidar lo triste de su situación.

* * *

Una voz le despertó por la mañana.

Era la de Ild y sonaba en una habitación contigua, cuya puerta estaba abierta.

—Así es, Grandeza, dos desconocidos, de raza gigante, me atacaron con venablos. Pretendían asesinarme, sobre eso no hay duda alguna. Suerte que hacía poco había adquirido un prisionero en el Zoo y me salvó la vida, actuando con rapidez y desprecio de la suya propia. Tengo vehementes sospechas de quién pueda haber sido el inspirador de este hecho, aunque no la forma de corroborarlas. Pero te ruego la convocatoria de un pleno de la Octarquía; si estorbo

a alguien, que se me diga cara a cara y dimitiré en el acto. Fui elegido, no nombrado, y no estoy dispuesto a continuar un día más en mi puesto, si se considera que mi actuación como Octarca no es beneficiosa para Kivo 7.

«También aquí la política», pensó Roy sarcásticamente.

Otra voz sonó, en respuesta a la de Ild.

—Lamento muy sinceramente lo que te ha ocurrido, amigo mío, y créeme que haré lo posible para que no se repita. Pero, una convocatoria de pleno...

—Grandeza, tengo derecho a ello —insistió Ild.

—Está bien, llamaré a los otros Octarcas, pero ahora estoy en cura de edad. Antes de ocho días no puedo asistir a la reunión.

—Me conformo con el plazo, señor. Y muchas gracias por haberme atendido.

—Soy el Gran Presidente para atender a quienquiera que lo necesite —respondió la voz amablemente.

Era la voz de un individuo muy anciano, estimó Roy. Pero antes de que pudiera hacer más deducciones, apareció Ild en la sala.

—Hola, Roy —saludó cortésmente.

—Señor —dijo el prisionero.

Karmia apareció a los pocos momentos.

—¿El desayuno, señor? —consultó.

—Sí, Karmia. Y también para Roy, por supuesto.

—Si, señor.

Ild se acercó al prisionero.

—¿Te encuentras aquí mejor que en el Zoo? —preguntó.

—Cuando menos, no estoy expuesto a la curiosidad de las gentes, señor —respondió Roy.

—Eres un ser muy inteligente. Creo que he hecho una buena adquisición.

—Gracias, señor, pero, ¿podría hacerte una pregunta?

—Por supuesto, Roy.

—Tú me has comprado... Pero ¿hiciste lo mismo con Karmia?

—Oh, no, ella entró voluntariamente a mi servicio.

* * *

Después del desayuno, Ild desenganchó el hilo y dijo:

—Vamos a dar un paseo por el jardín, Roy, creo que te sentará bien.

—¿Me sueltas?

—¿Es que no lo has visto?

—Me pregunto si no temes que me escape.

—Sé que eres un ser fiel. No te escaparás, Roy.

—Tus palabras me llenan de orgullo, noble señor.

Un poco de coba no le iría mal, se dijo el prisionero. Por otra parte, y al menos en aquellos momentos, no tenía la menor intención de escapar.

¿Adónde iba a ir?

Estaba en un mundo que le resultaba absolutamente desconocido y ni siquiera conocía su posición en la Galaxia. Añoraba la Tierra, pero no tanto que le hiciese cometer la imprudencia de escaparse sin un mínimo de posibilidades de éxito.

Parecía caído en buenas manos. Era cuestión de tener paciencia; ya llegaría el momento de intentar la evasión, sin riesgos de fallos comprometedores.

Ild se movía con cierta rapidez, que obligaba a Roy a caminar con largos pasos. Al prisionero le extrañó no ver a los hombres silueta.

¿Qué clase de seres eran?, se preguntó.

—Estoy preocupado, Roy —dijo Ild de pronto.

—Dispénsame, señor, pero he oído algo esta mañana. Sin querer, por supuesto, la puerta estaba abierta y...

—No suelo tener secretos con mis servidores —manifestó Ild—. Hablaba con su Grandeza el Presidente.

—Ah, ¿hay presidente en Kivo 7? Dispénsame, señor, pero hasta ahora he permanecido en una jaula. Desconozco por completo las costumbres de este planeta, aunque puedo decirte que me agrada bastante.

—¿Es más hermoso que el tuyo?

—Son dos formas distintas de hermosura, señor. Pero hablábamos de su Grandeza.

Ild suspiró.

—El Gran KTAN-UL-ZSTIN se hace viejo —murmuró—. Debería haberse retirado ya, dejando su puesto a otro con ideas más claras, pero no lo ha hecho. Es legal, desde luego, aunque no conveniente para Kivo 7.

—¿Hay problemas en el planeta, señor?

—Sí, más de los que aparecen a primera vista. Oh, no es que yo

ambicione el puesto de Gran Presidente, pero, por lo menos, KTAN debería hacer caso de algunas de mis recomendaciones.

—Sensatas, me imagino.

—Creo que sí, pero algunos opinan lo contrario. Nueve personas son pocas para gobernar un mundo de la complejidad de Kivo 7. Estimo que debería ampliarse el número de Octarcas, por lo menos, al triple, y elegir, también un parlamento de Suboctarcas, seis por cada Octarca, que se encargasen de tareas más sencillas y que discutiesen y aprobasen leyes y disposiciones, que luego serían sometidas a la consiguiente discusión y aprobación de los Octarcas, que yo denominaría superiores. Sin embargo, mi idea no encuentra muchos partidarios, al menos, entre mis colegas.

—¿Tienes otros partidarios?

—Sí, bastantes, y a decir verdad, esto desagrada considerablemente a la mayoría de mis colegas.

—¿Cuántos años tiene un Grandeza?

—Setecientos ochenta y seis.

Roy se quedó estupefacto. Ild pareció adivinar su asombro.

—Muchos años, ¿verdad? —dijo—. Yo tengo quinientos doce, aunque, de todas formas, KTAN no es el Gran Presidente más viejo que hemos tenido. Hubo uno que vivió mil veintiséis años. ¿Cuántos tienes tú, Roy?

—Veintinueve, señor.

—¡Veinti...! Eres jovencísimo, muchacho. Todavía te que dan ocho o novecientos años de vida —exclamó Ild.

—Perdóname, señor, pero la duración media de nuestra existencia es de ciento veinte a ciento cincuenta años, y eso en el mejor de los casos. Nosotros no vivimos tanto tiempo como los nativos de Kivo 7.

—Curioso, verdaderamente curioso. ¿Tienes pareja para reproducirte y tener descendencia?

—No, señor, soy solt..., bueno, quiero decir que todavía no me he emparejado con ningún espécimen de mi raza y de sexo opuesto.

—Karmia podría ser tu pareja. Es fuerte y robusta, Roy.

—A ella, probablemente, no le gustaría ser la madre de mis hijos.

—Veremos —contestó Ild sibilinamente.

Roy se echó a reír en su interior. Ya se imaginaba la respuesta de Karmia, cuando Ild le diese la orden de convertirse en pareja del

recién llegado.

«Me llamará perro sarnoso, seguro», pensó.

Mientras trotaban por el jardín, Roy no dejaba de mirar en todas direcciones. En parte, era curiosidad; ninguna de aquellas plantas, muchas de las cuales poseían una vistosidad y una belleza poco comunes, le resultaban poco conocidas. Pero también miraba por precaución.

Era el perro de Ild. Debía velar por su seguridad.

—Volvamos —dijo Ild de pronto—. Tengo que despachar algunos asuntos.

—Si, señor.

Emprendieron el regreso. Más que jardín, podía considerarse como parque, dada su extensión. En aquellos momentos, se hallaban casi a quinientos metros de la casa.

Unas hojas se movieron de pronto en un arbusto cercano, Ild, sumido en sus preocupaciones, no se dio cuenta del detalle.

Roy sí lo advirtió y también vio el inminente peligro que corría su amo. En la situación en que se hallaba, sólo podía actuar de una forma; empujándolo con fuerza, para derribarlo al suelo.

Ild lanzó un aullido de rabia.

—¡Roy! Pero, ¿qué haces? —gritó.

En el mismo instante, algo silbó terriblemente y fue a clavarse en el tronco de un árbol.

* * *

Era una espantable flecha de cuatro astiles, con sus correspondientes puntas. Medía casi un metro de largo y los astiles, unidos al vástago común, de forma cilíndrica, con aletas de guía, medían unos sesenta centímetros.

Alguien se agitaba entre los ramajes. Roy se abalanzó hacia el arbusto y chocó con un cuerpo humano, que rodó por tierra.

El emboscado rugió. Su mano derecha se movió ferozmente, buscando la garganta de Roy, quien esquivó el zarpazo por milímetros.

Su rodilla se disparó venenosamente, alcanzando un bajo vientre. El otro, ya incorporado, cayó de nuevo.

Entonces sacó una especie de puñal, con el que quiso atacar a Roy. El terrestre agarró la muñeca armada y la retorció con todas sus fuerzas, aprovechando el mismo impulso para clavar el puñal en el

propio pecho de su propio dueño.

Al cabo de unos segundos, se levantó.

Ild, cubierto de polvo, se acercó al arbusto.

—Tu atacante está muerto, señor —informó.

—Ahora comprendo por qué me tiraste al suelo —dijo.

Roy se inclinó y recogió una especie de ballesta, muy corta, pero de extraordinaria potencia. El asesino no había llevado consigo más flechas, aunque de haber tenido mejor acierto, con la primera hubiera sido más que suficiente.

—Parece de tu raza, Roy —observó Ild.

—Lo es, aunque muy bien puede no ser nativo de mi planeta. Nuestra raza, aunque con pieles de distintos tonos, está muy extendida por la Galaxia.

Ild asintió.

—Creo que hice una buena adquisición al comprarte —dijo.

El terrestre hizo una profunda inclinación.

—La fortuna ha sido mía al pasar a convertirme en tu propiedad —contestó.

CAPÍTULO IV

Sujeto por el hilo a la cadena, sentado melancólicamente en el suelo, junto a la entrada, Roy aparentaba dormitar.

Por fortuna, el pavimento era cálido, aunque en verano resultase demasiado. (¿Había veranos en Kivo 7?) Dormía allí, junto a la puerta y sólo de cuando en cuando se le permitía abandonar su puesto para realizar un somero aseo.

En el silencio de la casa, resonó de pronto la irritada voz de Ild:

—No, no y mil veces no, BDI-UL-TGNIL. Nunca renunciaré a mi derecho de convocar un pleno y menos por los motivos que ya sabes. Nos estamos convirtiendo en los seres más destacados de toda la Galaxia y esto, a la larga, puede acarrear funestas consecuencias para todos. Hay que pensar un poco menos en el presente y algo más en el futuro.

Roy no logró entender la respuesta del interlocutor de Ild, quien, a los pocos segundos, continuó hablando:

— ¡Olvida el pasado, por los cien mil sucios diablos de Khslur! —bramó—. Que hayamos sido así antiguamente, no significa que hayamos de continuar eternamente de la misma manera. Un día u otro tenemos que empezar a cambiar y cuanto antes lo hagamos, será mejor para todos. Tú dices que el futuro no te importa, y que puede que no te importe en doscientos años, pero ya me lo dirás dentro de trescientos… o te lo dirán tus descendientes, quienes entonces nos reprocharán, con toda razón, haber sido lo que fuimos, lo que ahora somos. Nuestras culpas caerán sobre ellos y eso es lo que quiero evitar.

—…

—Muy bien, con tu voto en contra, BDI —dijo Ild—. Pero yo no renunciaré, mal que te pese.

Roy se preguntó cuáles podrían ser los motivos de la nada amistosa discusión que Ild había sostenido con el desconocido BDI. Pero no tuvo tiempo de seguir adelante con sus reflexiones.

—Espiando, ¿eh?

Roy alzó los ojos. Delante de él, radiante de hermosura, con la mano izquierda en la cadera y una pierna ligeramente adelantada, Karmia le contemplaba, con sonrisa burlona.

—¡Guau! —contestó el prisionero.

—¿Qué quiere decir?

—Eres muy guapa, pero orgullosa y antipática. Y, además, no te cuidas de mí.

—¿Por qué he de cuidarme de un montón de escoria con patas?

—Oye, preciosa, ¿a ti no te compraron en el Zoo?

Karmia hizo un gesto altivo.

—Yo entré voluntaria al servicio del Octarca —contestó.

—Ah, tienes alma de criada —rezongó Roy entre dientes.

—¿Cómo?

— No, nada, decía que eres guapísima. ¿Dónde has nacido, preciosidad?

— En Ermidon IV, un planeta que se avergonzaría de tenerte a ti como nativo.

—Probablemente, porque todos los ermidonios sois altos, jóvenes, bellos, apuestos y compendio de infinidad de virtudes —dijo Roy cáusticamente—. Pero con el terrible defecto de no cuidar de los prisioneros.

—Te doy de comer. ¿Qué más quieres?

Roy se señaló con una mano el andrajo que cubría sus caderas.

—Un poco de ropa. Y un lugar donde, al menos, darme una ducha al día —contestó—, ¿No eres tú la que gobierna la casa del Octarca? En tal caso, lo mismo tienes que atenderle a él que a su perro, salvando las distancias, claro.

Karmia se mordió los labios.

—Tienes razón —convino—. Tu reproche es justo.

Se acercó a la pared y soltó el hilo, del que tiró con suavidad.

—Ven, sígueme —dijo.

—¡Guau, guau! —ladró Roy alegremente.

* * *

Ild se acercó a la pared y soltó el hilo por ambos extremos. —En cierto modo, estás libre —dijo—. Querría quitarte también el collar, pero ni siquiera eso me está permitido.

Roy se inclinó ligeramente.

—Gracias, señor —contestó.

— Vamos al Zoo —indicó el Octarca—. Tú me acompañarás.

—Sí, señor.

Karmia apareció en aquel momento.

—Tu litera está lista, señor —informó.

—Gracias, Karmia. ¿Vamos, Roy?

Los ocho hombres silueta aparecían inmóviles frente a la puerta de la casa. Roy se preguntó de dónde habrían salido aquellos horribles seres.

Ild se acomodó en la litera, que emprendió la marcha de inmediato. Roy empezó a trotar junto a uno de aquellos individuos sin el menor rasgo fisonómico.

—Señor —dijo al cabo de unos momentos—, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Desde luego —accedió Ild benévolamente—. Todo lo que quieras, Roy.

—Se trata de tus porteadores, señor. Observo que tienen mi figura, más o menos, aunque sin cara ni otras protuberancias corporales. No aprecio en ellos órganos de la visión, ni del olfato. Tampoco veo boca y nariz para que coman y respiren. ¿De dónde han salido, señor?

— Es un experimento que se realizó hace años, bajo mi inspiración, pero que no ha seguido adelante, porque a alguien no le ha convenido. En realidad, se trataba de evitar...

Ild se interrumpió. Roy se dio cuenta de que el Octarca no quería ser demasiado explícito.

—Bien —siguió Ild, pasados unos instantes—, los porteadores son seres conseguidos en un laboratorio. Pero no son totalmente inteligentes ni tampoco totalmente unos animales. Ciertamente, no se pueden reproducir por si mismos y su alimentación podría decirse es cómoda, más aún que baratísima, puesto que no me cuesta nada. Sin embargo, la fabricación de estos seres, que podría haber resuelto muchos de los graves problemas que tenemos planteados, no siguió adelante. En estos momentos, puede decirse que soy el único propietario de hombres silueta. Quizá haya una docena más repartidos por distintos puntos, aunque no es seguro del todo.

Roy miró de reojo a los porteadores, que le recordaban los monigotes de feria, aunque sin pintar, y se estremeció al pensar en su vida artificialmente concebida y carente de una mínima perspectiva humanitaria. Pero estaba en un mundo donde lo raro era considerado como natural y debía actuar y comportarse en consecuencia.

Poco después, llegaron al Zoo.

Kbin, el guardián jefe, acudió presuroso, apenas uno de sus

subordinados le anunció la presencia del Octarca.

—Señor —saludó con grandes zalemas—. No sé qué decir, para expresar la inmensa alegría que siento al verte.

—No digas nada, Kbin —atajó Ild—. Sólo quiero que me conduzcas a la jaula en que tienes el nuevo ejemplar de *Homo terrestris.*

—Ahora mismo, Señor. Ten la bondad de seguirme y… ¿Piensas comprar el ejemplar recién adquirido por el Zoo?

—Si me gusta, ¿por qué no? Anda, vamos ya, estoy impaciente por verlo.

¿Un congénere?, se dijo Roy. También, de súbito, sintió una viva impaciencia por conocer al que seguramente podría llamar compatriota.

Momentos después, Kbin se detenía ante una jaula en la que había un cartel que decía:

HEMBRA DE HOMO TERRESTRIS.

* * *

—¡Eh! —dijo ella—. ¿Hasta cuándo van a tenerme encerrada aquí?

Kbin ya le había entregado una traductora automática. Roy contempló con agrado a la joven que había al otro lado de los barrotes y que no parecía demasiado satisfecha por su situación.

Era joven, y esbelta, de formas rotundas y larga cabellera rubia. Sus ojos eran azules, aunque, extrañamente, su epidermis tenía un exótico tono canela, que la hacía aún más atractiva. Toda su indumentaria consistía en dos tiras de piel moteada que le ceñían el pecho y las caderas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ild, al cabo de unos momentos de observación.

—Yina —contestó la joven—. Yina de Foord. Y tú, ¿quién demonios eres, monigote de dibujo de niño?

—¡Cuidado! —gritó Kbin—. Procura hablar con acento superior, cuando te dirijas al Séptimo Octarca. ¿Lo has entendido?

—¿Séptimo…? ¿Qué significa eso?

—Ya te lo explicaré más adelante —contestó Ild—. Kbin, me quedo con la hembra.

—Sí, señor —accedió el guardián jefe.

—Oiga, ahí veo a uno de mi raza —dijo Yina—. Tú, ¿por qué no hablas? ¿Es que no tienes lengua?

Roy permanecía deliberadamente silencioso, a fin de significar su condición de ser perteneciente a otro. De pronto, Yina se fijó en el collar que el joven llevaba en torno a su garganta.

—Un esclavo —dijo.

—No, un perro —respondió Roy.

Kbin se había alejado de la jaula. Momentos después, volvió con otro collar y un hilo.

—A partir de ahora, perteneces al Séptimo Octarca —dijo—. Él te ha comprado y tiene todos los derechos sobre ti, ¿entiendes?

Los ojos de Yina centellearon.

—Soy un ser libre. Nadie puede comprarme ni venderme.

—Calla, por favor.

La muchacha fijó su vista en Roy, de quien había partido el seco consejo.

—¿Cómo fuiste capaz de someterte a semejante indignidad? —preguntó hostilmente.

—En estas circunstancias, es lo mejor. Además, pertenecer al honorable ILD-UL-MRZIN, no es una indignidad, si no un altísimo placer.

Yina se mordió los labios.

—Bueno, si no hay más remedio —se resignó.

—Es lo mejor —insistió Roy.

—¡Pero yo vivía en la Tierra! Me capturaron contra mi voluntad.

—¿Estabas casada?

—No, era libre. No dependía de nadie.

—La vida, así, te resultará más soportable.

—Yo creí que la compraventa de esclavos era algo perdido en la noche de los tiempos —dijo Yina.

—Aquí es plenamente actual. Resígnate.

Ella miró a Roy durante un instante. Luego hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí —dijo escuetamente.

Kbin abrió la jaula y colocó el collar en torno a la garganta de la prisionera. Luego entregó a Ild el otro extremo del hilo.

—Es tuya, señor —dijo.

—Gracias —contestó el Octarca—. ¡A casa!

La litera dio media vuelta y se puso en movimiento.

* * *

Cuando llegaron a la residencia de Ild, vieron gente en el jardín.

Había media docena de hombres extrañamente uniformados y armados con lo que parecían unos fusiles y escopetas de cañón extraordinariamente grueso. Estacionados en uno de los lados de la explanada, Roy divisó siete enorme tubos metálicos, cuyo objeto no supo comprender de inmediato.

Karmia salió al encuentro de los recién llegados.

—Tienes visita, señor —informó—. El Segundo Octarca, OLS-UL-SRCIR.

Ild hizo un gesto de contrariedad.

—Ese individuo —masculló a media voz.

—Hace rato que te espera, señor. Está en tu gabinete privado.

—Sí, iré a verle ahora mismo. Ah, he comprado una hembra terrestre. Creo que he hecho una buena adquisición, Karmia.

La mujer estudió unos instantes a la prisionera.

—¿Era necesario que la comprases, señor? —preguntó.

—Así me pareció, Karmia.

Ild se apeó y entró en la casa. Karmia se volvió hacia el joven.

—Encárgate de atender a tu pareja —dijo despectivamente.

—Tú me mandas, mi señora —respondió Roy con acento burlón.

—¿Quién es esa prójima, Roy? —preguntó Yina, una vez Karmia se hubo metido en la casa.

—El ama de llaves del Octarca... y ten mucho cuidado con ella, porque su palabra es ley. Tú, aquí, como yo, no eres nada, no vales absolutamente nada, de modo que podrías verte en un serio compromiso si intentases rebelarte contra tu situación.

—Una situación que has aceptado con la mansedumbre de un borrego —dijo Yina despectivamente.

—El bambú cede ante el huracán, pero no se quiebra —respondió con expresión sentenciosa.

—Quizá tengas razón —convino Yina, entrecerrando los ojos—. Y, dime, ¿dónde piensas alojarme?

Roy lanzó una risa amarga.

—¿Dónde alojarías tú un perro en tu casa? —contestó.

Yina se sofocó violentamente. Aquellas palabras la hicieron

comprender de golpe cuál era su situación.

CAPÍTULO V

De pronto, uno de los hombres uniformados se acercó a la pareja.

—Eres muy guapa —dijo, acariciando la barbilla de Yina—. ¿De dónde has salido?

—¡No me toques! —gritó la chica, furiosa.

El guardia lanzó una sonora risotada.

—¿Qué os parece, muchachos? La perra ladra en son de protesta —exclamó burlonamente, dirigiéndose a sus compañeros.

—¡Yo no soy una perra! ¿Me has oído?

—Calla, Yina —dijo Roy.

El guardia se acercó nuevamente a la muchacha.

—Me gustaría ser un tipo de relieve, como Ild; así podría comprarte y te llevaría a mi casa, para tenerte en... ¿Te digo dónde estarías en mi casa, preciosa?

Roy frunció el ceño. La situación amenazaba con deteriorarse rápidamente.

Además, se sentía extrañado. Los guardias tenían todos figura humano terrestre. Cosa rara, se dijo, si se pensaba en la raza a la que pertenecía Ild.

De pronto, el guardia, para divertirse, pegó un tirón al hilo que iba a parar al collar de Yina.

La chica cayó al suelo, lanzando un grito. Roy se encolerizó.

—No me harías eso a mí —dijo.

El guardia, fanfarrón, se le acercó.

— No tienes hilo, pero puedo hacerlo con la mano —aseguró.

—Atrévete y verás...

Roy no tuvo tiempo de seguir. La mano del guardia se dirigía veloz hacia su collar.

Pero él fue aún más rápido: agarró al hombre por la cintura y, alzándolo en vilo, lo arrojó contra sus compañeros, que reían a carcajadas.

Hubo un revoltijo de brazos y piernas durante unos segundos, mientras se escuchaban gritos y rugidos de protesta. Luego los guardias empezaron a incorporarse.

Uno de ellos se abalanzó hacia el joven. Yina, rápida como el pensamiento, le puso la zancadilla.

El hombre empezó a caer. Todavía estaba en el aire, cuando el

pie derecho de Roy le alcanzó en un costado, haciéndole dar un par de volteretas en el suelo.

De súbito, uno de los guardianes apuntó a la pareja con su fusil.

—Ahora van a ver esos perros...

—¡Quieto!

La voz era metálica, de tonos imperativos, y consiguió que el guardia se quedase como inmovilizado en el acto.

Pero era una voz femenina y Roy se sintió atónito al saber que el segundo Octarca era una mujer. Aparentaba unos veintiocho o treinta años, y en cuanto a belleza, no tenía nada que envidiar a Karmia ni a Yina.

* * *

La Octarca se acercó a Roy, ondulando sinuosamente a la vez que le miraba de un modo penetrante.

—Tú eres el «nuevo» de Ild —dijo.

—En cierto modo, señora —contestó Roy—. Yo ya llevo una semana al servicio del honorable ILD. La «nueva» es esta muchacha que ves aquí, a mi lado.

La Octarca no se molestó siquiera en mirar a Yina. Sus ojos estaban magnéticamente clavados en el rostro del terrestre.

—Ild hizo una buena compra —manifestó—. Pero he oído ruido de pelea. ¿Por qué?

—Señora, uno de tus hombres quiso molestar a la muchacha. Tiró del hilo y la derribó por tierra, sólo para divertirse.

—Mal hecho, pero es que mis guardianes son un poco rudos. Dispénsalos, ¿quieres?

—Es Yina quien debe dispensarlos, señora.

—Sí, claro... —La Octarca inspiró profundamente, a fin de hacer resaltar aún más las generosidades de su busto—, Ild —dijo, sin volver la vista atrás—, ¿quieres cederme a tu servidor por unos días?

—Si él lo desea —contestó Ild.

—No —dijo Roy.

La Octarca no se inmutó y continuó sonriendo. Era también morena, como Karmia, pero de ojos muy verdes. Vestía con gran lujo, permitiendo que la indumentaria hiciera resaltar las formas de un cuerpo abundantemente dotado de curvas de gran atractivo sensual.

—Eres un descortés —dijo a la vez que le daba una suave

palmadita en la mejilla. Pero no parecía sentirse enojada por la negativa.

De pronto, se volvió hacia Ild.

—Piensa en lo que hemos hablado, colega —añadió—. Espero tu respuesta antes del pleno.

—La tienes ya, Olsie —contestó Ild.

—Aún estás a tiempo de mudar de opinión. —Nuevamente, la Octarca volvió a mirar a Roy de pies a cabeza—. Te tendré, aunque no quieras —agregó, de modo que sólo el interesado pudiera oír sus palabras—. ¡Vámonos! —exclamó de pronto.

Entonces, los seis guardias montaron a horcajadas en aquellos extraños tubos que Roy había visto a su llegada. La Octarca se encaramó en el séptimo, aunque lo hizo a mujeriegas. Agarró con la mano una especie de varilla de control que tenía en la parte delantera y el tubo, tras elevarse un par de palmos del suelo, partió con moderada velocidad.

El aire hacía ondear los velos del traje de la Octarca. Roy se quedó embobado al ver el funcionamiento de los vehículos.

Pero la comitiva desapareció a los pocos momentos. Entonces, Ild dijo:

—Entrad.

Roy agarró la mano de Yina.

—Ven —murmuró.

Karmia se había ido ya. Ild parecía muy preocupado, observó Roy.

—¿Te sucede algo, señor? —preguntó.

—Estoy luchando contra la corriente general —se lamentó el Octarca—. Fallados los intentos de los otros, han recurrido a Olsie para que trate de persuadirme a que abandone mis propósitos.

—Me extraña que haya un Octarca con una figura semejante a la nuestra —dijo Roy.

—Ni la raza ni la figura son obstáculos para entrar a formar parte de la Octarquía —contestó Ild—. Pero esto es lo de menos —añadió—: Lo importante es que todos están contra mí. O quizá yo estoy contra todos.

—Tengo la sensación de que se prepara algo grave, señor. Si nos dices de qué se trata, quizá podamos ayudarte.

—Lo siento, no puedo ser más explícito; al menos por ahora.

Mientras tanto, ¿quieres encargarte de atender a Yina?

—Con mucho gusto, señor.

—Os veré más tarde —dijo Ild.

Y se alejó, dejando solos a la pareja.

—Tienes que contarme muchas cosas, Roy —pidió Yina.

—Sí, es cierto, aunque no vayas a creerte que yo lo sé todo —sonrió el joven—. Pero tiempo nos quedará de hablar, mientras desempeñamos el papel de fieles perros guardianes de esta casa.

Yina se estremeció.

—De modo que nos consideran como perros —murmuró.

—Para un kivoniano, con la única excepción, tal vez de Ild, no somos otra cosa —contestó Roy.

* * *

Tendido en el blando pavimento, dormía profundamente, cuando, de repente, sintió algo frío en la garganta.

Abrió los ojos. Un sujeto estaba inclinado sobre él, amenazándole con algo parecido a un cuchillo.

El hombre no dijo nada. Otro apareció segundos después y arrojó al rostro de Roy unas gotas de un líquido densamente perfumado, haciendo lo mismo con Yina, quien dormía a su lado. Pero a Yina, observó Roy, le propinaron doble ración.

El cuchillo se separó de su garganta segundos después.

—Vamos —dijo el hombre.

Roy se puso en pie y siguió al individuo. Salió al exterior y observó que las estrellas brillaban intensamente en lo alto.

Una fuerza irresistible le compelía a andar detrás de los dos hombres. Veía y oía con plena normalidad, pero se sentía incapaz de hacer algo por su propia voluntad.

—Sube ahí —indicó uno de los sujetos.

Era uno de los vehículos que Roy había visto la víspera. Se puso a horcajadas sobre el artefacto, observando que tenía una especie de asiento vagamente parecido a una silla de montar, con la adecuada configuración anatómica. El hombre montó delante de él, en tanto que su compañero lo hacía en otro vehículo situado al lado.

Roy procuró fijarse en la forma en que el sujeto manejaba el vehículo, que emprendió la marcha de inmediato. Estaba seguro de que el líquido que le habían arrojado a la cara era una especie de narcótico, que le impedía contradecir las órdenes de sus captores,

pero tampoco le importaba demasiado: la curiosidad que sentía podía más que cualquier otra consideración.

El vehículo se elevó en el aire hasta unos cincuenta o sesenta metros, desplazándose a una velocidad que Roy calculó en casi cien kilómetros a la hora.

«Si yo tuviese un cacharro semejante, le pondría un parabrisas», pensó.

Transcurrió media hora. El piloto, de pronto, empujó la barra hacia adelante y el artefacto empezó a descender.

Minutos más tarde, se posaba en el suelo, frente a una casa de forma esférica, sostenida, como la de Ild, por una gruesa columna. Alguien le ordenó que se apease y Roy obedeció sin replicar.

El hombre extendió una mano:

—Sube por esa escalera —ordenó.

Roy acató la indicación. La escalera se perdía en el interior de la esfera, por un orificio circular situado junto a la columna. Atravesó el agujero y se encontró en una estancia de paredes suavemente redondeadas y suelo acolchado.

El agujero de entrada se cerró tras él. Roy observó que apenas había mobiliario: sólo una especie de banquetas, anchas y cómodas, de colores agradables, de escasa estridencia. Sentada en una de las banquetas estaba la Segunda Octarca.

—Hola —dijo la mujer, sonriendo hechiceramente—. Eres mi prisionero.

CAPÍTULO VI

Roy la contempló fijamente durante algunos instantes. Ella llevaba muy poca ropa sobre su cuerpo. Lánguidamente reclinada en una de las banquetas, la Octarca le miraba sin dejar de sonreír.

—Puedes llamarme por mi nombre —dijo—. No uses tratamientos ceremoniosos conmigo.

—Te llamas Ols.

—Es el nombre oficial. Los íntimos me dicen Olsie.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Olsie?

—Todas las que quieras, Roy.

—Me han dado una droga para hacerme venir aquí.

—Sus efectos se han pasado ya. Todo lo que hagas a partir de ahora será enteramente voluntario.

—Pero no sé qué es lo que debo hacer.

Olsie se puso en pie, caminó hacia él y le puso los brazos en torno al cuello.

—¿No tienes imaginación? —preguntó intencionadamente.

—Me sobra imaginación. Lo que no comprendo son los motivos de haberme traído a tu casa.

—Me gustas, simplemente.

—Olsie, tengo la sensación de que soy para ti una especie de capricho, un sujeto exótico que te atrae solamente porque no ha nacido en Kivo-7. ¿Me equivoco?

—Además, eres fuerte y apuesto.

—Tú eres una Octarca y yo un perro.

—Ahora soy una mujer, Roy.

—Pertenezco a Ild. Puede enfadarse.

—Ese carcamal —rio Olsie—, No te preocupes por lo que piense, querido.

Ella se le acercó más todavía. Sus labios se le ofrecían rendidamente.

¿Por qué no aprovecharse de las circunstancias?, pensó.

Abrazó a la mujer y la estrechó contra si con furia. Olsie gimió, pero calló en el acto cuando los labios del hombre se aplastaron contra los suyos.

* * *

Una voz despertó a Roy. Sonaba en la misma estancia.

Era Olsie. Roy, tendido lánguidamente en una de las banquetas, continuó con los ojos cerrados.

—Te digo que eso no nos conviene por ahora —decía Olsie en aquellos instantes.

Roy procuró mirar a través de los párpados entrecerrados. Había una pantalla de televisión en una de las paredes y, en ella, se divisaba el rostro de un kivoniano semejante a Ild.

—El pleno se celebrará pasado mañana —contestó el kivoniano —. Ild es terriblemente persuasivo.

—Pero sólo es el Séptimo, recuérdalo.

—Tú debes recordar que el número no significa ninguna preminencia. Es sólo un apellido del cargo, no algo que indique preferencia en el gobierno. Tanto vale el Primer Octarca como el Octavo. ¿Entendido?

—Lo sé, lo sé —dijo Olsie con cansino acento—. Pero opino que mi plan es mejor.

—Su Grandeza hace mucho caso a Ild. No debemos olvidar que Ild es uno de los miembros más antiguos de la Octarquía. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—Sí —suspiró Olsie—. No obstante, sigo pensando en que mi plan es el más conveniente.

—Rechazado —dijo el otro contundentemente—. Si quieres conservar el puesto, atente a nuestras instrucciones.

—Muy bien, sea como dices, Bdi.

La comunicación se cortó. Roy continuó con la ficción del sueño.

Ild le había caído simpático. Se tramaba una conspiración contra él.

Debía ayudarle, pensó.

Olsie se le acercó y se inclinó para besarle suavemente.

—Despierta, cariño —dijo.

Roy abrió los brazos y sonrió.

—Hola, preciosa —murmuró, a la vez que la atraía hacia sí.

—Estoy segura de que Ild ya no te preocupa.

—No me preocupa en absoluto. ¿Por qué había de pensar en él, teniéndote a mi lado?

Las dos bocas se confundieron en un ardiente beso. Pasaron algunos minutos antes de que la pareja deshiciera el cálido abrazo.

Olsie se puso en pie.

—Creo que es hora de desayunar —dijo.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó Roy, poniéndose en pie de un salto—, Pero, dime, ¿hasta cuándo piensas tenerme prisionero?

—¿Te molesta estar en esta cárcel?

—No se le puede llamar cárcel, a decir verdad —sonrió el terrestre.

* * *

Por la noche, salieron a pasear.

—Tú dispones de jardín, como Ild —dijo Roy, cuya mano estaba aprisionada por la de la bella Olsie.

—Para eso soy Octarca —contestó ella.

—¿Quién te eligió?

—Nadie. Heredé el cargo.

—¿Está permitido por la ley kivoniana?

—Sí, en determinadas circunstancias.

—¿Por ejemplo?

—Bien, mi padre fue un gran científico. Sus descubrimientos produjeron muchos beneficios al planeta y se le nombró Octarca. Luego inventó el psicomotor y, en recompensa, pidió que se le dejara nombrar un heredero para su puesto. Yo soy ese heredero —explicó Olsie.

—¿Has dicho psicomotor? ¿Qué es eso? —preguntó Roy, extrañado.

—Es un motor que sirve para...

Olsie no pudo seguir hablando. Algo emitió un horrible zumbido.

La Octarca se tambaleó. Aterrado, Roy pudo ver la flecha cuádruple profundamente clavada en el estómago de la mujer.

Olsie cayó al suelo, quejándose sordamente. De pronto, Roy pudo apreciar un movimiento de ramajes en las inmediaciones.

Ciego de cólera, saltó hacia adelante. Un sujeto se irguió súbitamente ante él. Roy vio que se disponía a recargar una ballesta que él conocía muy bien.

El terrestre cayó como un huracán sobre el asesino y le arrebató la ballesta de un tirón. Ballesta y flecha cayeron al suelo, pero Roy se agachó para recoger el proyectil no disparado todavía.

Su mano empuñó la flecha cuádruple por la parte cilíndrica. Mientras, el asesino, recobrándose de la caída, intentaba sacar un

puñal.

Roy atacó con ciega furia. Cuatro aguzadas puntas atravesaron un cuello humano, del que brotó un horrible gorgoteo. Unas piernas se agitaron espasmódicamente durante unos segundos, antes de inmovilizarse definitivamente.

Seguro de su victoria, Roy volvió corriendo hacia el lugar donde yacía Olsie.

La luz era lo suficientemente intensa para ver los arroyos de sangre que brotaban de las cuatro heridas abiertas por la flecha en el pecho de Olsie. Roy ni siquiera intentó arrancar el arma, convencido de que ya no podía hacer nada por la desdichada Octarca.

Olsie abrió los ojos de pronto.

—Bdi... ten... cuidado... —dijo con voz apenas perceptible. Y, de pronto, su cuerpo sufrió una terrible convulsión y su cabeza se dobló a un lado.

Roy se incorporó.

Paseó la vista por los alrededores. ¿Dónde estaban los hombres de escolta de Olsie?

Entró en la casa. Estaba desierta.

—Un asesinato muy bien planeado —comentó para sí.

Regresó al jardín. Parado, junto al cadáver del asesino, divisó un vehículo.

Montó en el tubo sin vacilar. Empuñó la palanca y presionó el botón de contacto. Realizó unos cuantos ejercicios a poca altura, antes de decidirse a emprender la marcha.

Cuando llegó a casa de Ild, era ya de día.

* * *

—El perro ha vuelto —dijo Karmia sarcásticamente. Roy la miró con furia.

—¿Creías que me había escapado? —preguntó.

—¿Podía pensar otra cosa?

—No quiero seguir discutiendo contigo. ¿Dónde está Ild?

—Descansando. Ahora no se le puede molestar.

—Tengo que verle urgentemente.

—Pero, ¿quién te has creído que eres? —gritó Karmia—. ¿Es que no te has dado cuenta aún de que no eres más que un ser propiedad del ilustre ILD-UL-MRZIN?

Roy avanzó hacia la mujer. Sus ojos despedían fuego.

Karmia, amedrentada, retrocedió un par de pasos.

—¡No me toques! —chilló.

—Entonces, quítate de mi vista o te haré pedazos. Voy a ver a Ild y ni tú ni nadie conseguirá evitarlo. ¿Está claro?

Karmia se encogió de hombros, a la vez que se apartaba a un lado.

—Está bien, pero si Ild te manda azotar luego, por haber interrumpido su sueño, no te quejes —dijo.

Roy no contestó. La discusión había tenido lugar en la puerta del edificio. Cruzó el umbral y entonces vio a Yina sentada en el suelo, amarrada por el hilo a la anilla sujeta en la pared.

—¡Roy! —gritó la muchacha—. ¡Qué alegría verte!

—Hola, preciosa —dijo él, sonriendo con esfuerzo—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, atada, como puedes ver. Sólo me muevo para lo más imprescindible.

—Seguiremos luego —la interrumpió Roy—. Ahora tengo prisa.

Roy siguió adelante. Buscó la habitación de Ild y abrió sin llamar siquiera.

—Señor…

Pero, de pronto, se interrumpió. ¿Dónde estaba el Octarca?

El dormitorio era sólo una pieza cúbica, de blando pavimentó, sin ningún mueble. Lo único que se veía allí era un extraño cojín grisverdoso, de forma esférica.

El cojín se alargó de pronto. Dos brazos y dos piernas surgieron de su estructura. Aparecieron los ojos del Octarca.

—Hola, Roy —saludó Ild.

El terrestre comprendió que aquella era la forma que adoptaba un kivoniano cuando dormía y procuró disimular el asombro que el hecho le había producido.

—Lamento haberte despertado tan bruscamente, señor —dijo—, pero tengo graves noticias que comunicarte.

—¿Te ha soltado Olsie? —preguntó Ild con benigno acento.

—¿Sabías que estaba en su casa?

Ild contestó con el característico cloqueo que era la risita de los kivonianos.

—Ella misma me lo dijo —contestó—. También dijo que no te retendría definitivamente. ¿Son dulces los besos de una mujer de dos

siglos y medio de edad?

Roy abrió la boca, estupefacto.

—¿Cómo? ¿Tenía Olsie doscientos cincuenta años? —exclamó.

—Más o menos..., pero observo que hablas en pretérito. ¿Es que le ha ocurrido algo?

—Sí, señor. Lamento comunicarte que Olsie ha sido asesinada la noche pasada.

CAPÍTULO VII

Ild terminó de sorber el desayuno. La trompa de succión desapareció en su cuerpo. Yina, sentada en su sitio, procuraba no mirar.

—Me extraña que hayas sabido encontrar mi casa, Roy —dijo Ild, al terminar el desayuno—. La de Olsie está a más de cien kilómetros y la topografía de Kivo 7 te resulta desconocida por completo.

—La droga que me propinaron sólo afectaba a mi voluntad en cuanto a obedecer las órdenes de mis captores —explicó Roy—. Pero ello no impidió que me fijara en algunas de las estrellas. A la vuelta, tuve así puntos de orientación. Luego esperé escondido en un lugar próximo y, cuando fue de día, me elevé de nuevo y volé por el contorno, hasta descubrir visualmente tu residencia.

—Sabes emplear tu inteligencia —elogió Ild—. Dices que la casa de Olsie estaba desierta, salvo vosotros dos, cuando se cometió el asesinato.

—En efecto. Sus guardias se habían ido. Allí sólo estábamos Olsie y yo.

—Lo que significa que fueron sobornados —intervino Yina.

—Cállate —ordenó Karmia—. El Octarca no te ha dado permiso para hablar.

Ild movió una de sus manos exadáctiles.

—Déjala que hable cuando tenga algo interesante que decir. Y tú, Roy, ¿estás seguro de que el nombre que Olsie pronunció fue el de Bdi?

—Absolutamente, señor —confirmó el joven—. Además, por la mañana, la había oído hablar con ese Bdi... Ya te he contado la conversación que sostuvieron los dos y no puedo agregar más al respecto.

—Sí —murmuró Ild—. Me pregunto cuál podía ser el plan de la pobre Olsie.

—¿Llamas pobre a esa mujer que, seguramente, estaba complicada en las dos tentativas de asesinato que has sufrido? —exclamó Karmia, rabiosa.

—Olsie no era tan mala como quería aparentar. Un poco ambiciosa, ciertamente, pero ni de lejos podía compararse con Bdi —sentenció el Octarca—. Y ahora me pregunto si se celebrará el pleno

pasado mañana. Sólo seremos siete, más Su Grandeza, quien ya habrá terminado su cura de edad, supongo.

—¿Qué es una cura de edad? —preguntó Yina, intrigada.

—Bueno, el procedimiento para vivir un siglo más. Es preciso hacerlo cuando se rebasan los setecientos años, aunque a partir de los novecientos, el resultado de la cura no queda garantizado de una manera absoluta.

—¡Qué barbaridad! —se asombró Yina—. ¡Cuánto vive la gente en este planeta!

Roy sintió una repentina melancolía, al pensar en los dulces ratos pasados en brazos de una mujer de doscientos cincuenta años de edad. Sí, Kivo 7 era un planeta maravilloso en muchos aspectos, pero en otros no resultaba mejor que los que él había conocido.

De pronto, Ild dijo:

—Karmia, tráeme un videófono. Quiero hablar con el Director de Tranquilidad. Los guardias de la escolta de Olsie actuaron traidoramente y deben ser castigados.

—Sí, señor.

* * *

Roy y Yina se habían quedado solos. Ambos sentados junto a la puerta, aunque la joven continuaba todavía atada.

—A ti te han soltado —observó ella de pronto.

—Ild ha considerado que podía hacerlo. Le pediré que te suelte a ti también.

—No sé si me escaparé.

—Eres tonta —le apostrofó Roy crudamente—. ¿Adonde piensas que puedes ir en este planeta, sin conocerlo ni conocer a ninguna persona?

—Hay muchos seres como nosotros. Puedo pasar desapercibida —alegó Yina tozudamente.

—Tu fórmula corporal está registrada en los archivos del Zoo y, seguramente también, en la Dirección de Tranquilidad, que, me imagino, debe de ser una especie de jefatura de Policía. Cuando se conoce la fórmula corporal de una persona, resulta facilísimo encontrarla. Tienen detectores para ello, ¿sabes?

—¿Quién te lo ha dicho, Roy?

—Karmia. Me lo advirtió a los pocos momentos de quitarme el hilo.

—Esa mujer… ¿De dónde diablos habrá salido? —murmuró Yina.

—Procede de un planeta llamado Ermidon IV. Es todo lo que sé —respondió el joven—, ¿Qué hacías tú en la Tierra cuando te capturaron? —preguntó de repente.

—Trabajaba.

Yina no quiso ser más explícita ni a Roy le pareció prudente insistir sobre el particular.

—Te echarían el lazo, supongo —dijo.

—Sí. Fue un ataque por sorpresa, fulgurante. Quise resistirme, pero me dieron una droga y me desmayé. Al despertarme, estaba en una jaula del Zoo.

—También a mí me pasó lo mismo —suspiró Roy.

—¿Añoras la Tierra?

El joven hizo un gesto ambiguo.

—No tenía allí a nadie, nada me retenía —contestó.

—Pero eras un ser libre —exclamó Yina con vehemencia.

—Algún día lo seré también en Kivo 7. Tratar de escapar ahora, sin conocer a fondo el terreno ni a las gentes que lo pueblan, sería una locura, créeme.

Karmia entró de pronto en la sala.

—Roy, sígueme —ordenó imperativamente.

—Sí, señora.

El joven se puso en pie. Karmia le condujo a una habitación escasamente amueblada, en uno de cuyos lados había un hueco abierto, a unos dos metros del suelo.

—Eres fuerte —dijo ella—. Mete esa caja en el hueco.

Roy se inclinó y levantó la caja, forrada externamente de una capa de un tejido semejante a la goma espumosa. Era bastante pesada, aunque no le costó demasiado colocarla en el lugar indicado.

—Ya está —dijo a la vez que se volvía hacia Karmia.

Entonces la vio junto a sí, rozándole el pecho con su peto que, aunque de apariencia metálica, era de un tejido blando y flexible.

Karmia respiró con fuerza.

—¿Qué te parezco? —preguntó con voz insinuante.

—Muy hermosa, no lo dudes —contestó él.

—¿Más que Olsie?

—Olsie está muerta.

Ella sonrió.

—Una bonita manera de contestar —murmuró—. ¿Qué dirías si Olsie estuviera viva?

—Te preguntaría por el camino a tu habitación —dijo Roy audazmente.

—Es la penúltima del ala derecha. Entra sin llamar.

—Iré —prometió él.

* * *

Apoyado en un codo, Roy escuchó atentamente.

Sólo se oía la sosegada respiración de Yina, que dormía a un par de pasos de distancia. El silencio era absoluto.

Sin hacer el menor ruido, se deslizó a un lado y esperó, agazapado en la oscuridad. Aparentemente, la casa no tenía ventanas, vista desde el exterior, pero las paredes tenían determinados huecos en que el muro se polarizaba y se podía ver lo que pasaba fuera, sin ser visto.

Desde el punto en que se hallaba, dominaba una vasta extensión del jardín. Roy aguardó expectantemente.

Su espera tuvo la debida recompensa. Media hora más tarde, vio un tubo volador que se detenía al pie de la casa.

Su tripulante se apeó y subió por la escalera sin hacer el menor ruido. Lentamente, Roy se puso en pie.

La puerta de entrada era deslizante. El intruso se asomó y vio a Yina tendida en el suelo. Sacó algo de un bolsillo y arrojó unas gotas de líquido a la cara de la muchacha. Yina se estremeció ligeramente un par de veces y luego continuó durmiendo.

Acto seguido, el intruso se dispuso a continuar. Roy le saltó en el acto, aferrándolo por el cuello.

Hubo una breve lucha, un salvaje forcejeo durante unos minutos. El intruso era uno de aquellos gigantes con los que Roy ya había tenido que medirse en una ocasión.

Pero ahora, la sorpresa estaba a su favor. Encaramado sobre sus espaldas, con las piernas engarfiadas en torno a sus lomos golpeó sañudamente una y otra vez la cara de su adversario, hasta que notó que las fuerzas del intruso empezaban a ceder.

Entonces, aferró su cuello con ambas manos y apretó con todas sus fuerzas.

Un par de minutos más tarde, el sujeto se desplomó al suelo. Roy jadeante y sudoroso, sonrió en la oscuridad.

—No morirás, pero el cuello te va a doler unos cuantos días —dijo.

Agarró al hombre por los tobillos y tiró de él hacia fuera. Luego, y a costa de no poco trabajo, consiguió colocarlo atravesado sobre el tubo volador. Acto seguido hizo funcionar la palanca de puesta en marcha y el aparato se elevó raudamente.

Segundos más tarde, Roy, que ya se disponía a entrar en la casa, oyó un sordo «¡chaf!».

Meneó la cabeza. El frustrado asesino debía de haber resbalado del tubo. La caída se había producido desde cincuenta metros de altura, por lo menos, calculó.

—Descanse en paz —suspiró.

Entró nuevamente en la casa y cerró.

Yina seguía durmiendo apaciblemente. Roy sonrió y caminó en busca de la penúltima estancia del ala derecha.

Llegó ante la puerta y abrió.

Karmia, lánguidamente recostada en una blanda banqueta, le dirigió una cautivadora sonrisa.

—Has tardado mucho —le recriminó con aparente severidad.

—Discúlpame, tuve que esperar a que Yina se durmiera. Estaba un poco nerviosa y me vi obligado a darle conversación, para calmarla y conseguir que me dejase en paz. Pero estoy aquí, ¿no?

—Estás en la puerta y yo te quiero más cerca, Roy —pidió Karmia.

—Esa es una petición que voy a atender con muchísimo gusto —dijo Roy, a la vez que cruzaba el umbral.

CAPÍTULO VIII

Ild se había ataviado con su traje de gala: manto rojo, con bordes en negro, azul y oro. En torno a su redonda cintura, llevaba el ancho cinturón insignia de su dignidad.

Los hombres silueta aguardaban pacientemente en el exterior. Karmia, atenta y solícita, dio los últimos toques al atavío del Octarca.

—Dispénsame, señor —dijo Roy—, pero quisiera pedirte un favor para mí y para Yina.

Ild le miró interrogantemente.

—¿Qué es? —preguntó.

—Deseamos acompañarte. No es bueno que vayas sin escolta, señor. Ya sabes lo que te ha sucedido en los últimos tiempos. Yina y yo pensamos que eres un buen kivoniano y no queremos que te ocurra nada.

—Es una excelente idea, en efecto —aprobó Karmia.

—Los demás Octarcas llevan siempre algunos hombres armados de escolta —dijo Ild pensativamente—. Nunca me ha gustado, pero, dadas las circunstancias, temo que no me que da otro remedio.

—¿Les proporciono armas, señor? —consultó Karmia—. Puedo darles fusiles radiantes...

—Gracias, pero tengo dos flechas cuádruples —se anticipó Roy—. Con eso será más que suficiente.

—Permíteme que lo dude —dijo Karmia, levemente despechada.

—Roy tiene el derecho de elegir armas —intervino Ild—. Y no discutamos más; se nos está haciendo tarde.

Yina no comprendía en absoluto las intenciones del joven, pero fiaba en él. Cuando tuvo en la mano una flecha cuádruple, la sopesó especulativamente.

—Puedo utilizarla como arma arrojadiza, en caso necesario —dijo.

—No quisiera entonces ser tu blanco —rio él.

Momentos más tarde, la litera se ponía en marcha. Roy observó con satisfacción que Yina era una muchacha fuerte y robusta, además de bien conformada. Sin la menor dificultad, se acomodó rápidamente al tren de marcha impuesto por los incansables hombres silueta.

Al cabo de unos minutos, Ild dijo:

—Roy, han encontrado a un gigante muerto en las inmediaciones de mi jardín. Por lo visto, cayó desde considerable altura, al perder el equilibrio en su tubo volador. ¿Qué sabes tú al respecto?

—¿Yo? Nada, señor; es la primera noticia que tengo —mintió el joven con todo descaro.

—¿Seguro, Roy?

—Sí, señor.

Ild emitió un chasquido, semejante al «¡Hum!» de duda terrestre. Yina miró a Roy de soslayo. El rostro del joven se mantenía inalterable.

—Ah, me había olvidado —exclamó Ild de pronto—. Los guardias de Olsie fueron detenidos, pero se les liberó en el acto, al comprobarse su inocencia.

—Claro, es que tampoco había medios de probar su culpabilidad —dijo Roy sarcásticamente.

—Alegaron que Olsie les había dado permiso aquella noche.

—¿Puede alguien objetar lo contrario, señor?

—¿Te dijo a ti que había despedido a sus guardias para quedarse a solas contigo?

—No, señor.

Yina volvió la cabeza y miró irónicamente al joven. Roy no se puso colorado, porque ya lo estaba, debido al ejercicio de la marcha a paso atlético.

* * *

La residencia de KTAN-UL-ZSTIN, que era donde iba a celebrarse el pleno de la Octarquía, tenía forma esférica y era algo mayor que análogos edificios vistos hasta entonces por los dos terrestres. Al pie del mismo había ya numerosas personas de las formas corporales más dispares, todos ellos sin duda, pensó Roy, acompañantes de los Octarcas.

La mayoría iban armados. Aquellos que no llevaban armas, dedujo el joven, debían de llevarlas escondidas.

En distintos puntos de la explanada, había grandes pantallas de televisión. Poco antes de llegar, Ild les había informado de que la sesión plenaria seria pública, aunque en la sala donde se congregasen los Octarcas no habría nadie más que ellos. Sin embargo, varias cámaras de televisión, manejadas por control remoto, transmitirían el acto a todo el planeta.

Un sujeto, de piel rojiza y notable corpulencia, acogió a Ild con grandes muestras de respeto. Era Ruhnd, el Director de Tranquilidad y encargado de la vigilancia de los Octarcas.

—Todo está en orden, convenientemente custodiado —informó.

Ild le miró de arriba abajo.

—Eso mismo podías haber dicho antes de que mataran a OLS-UL-SCIR —exclamó, en tono de reproche.

—Lo siento, señor; no fue mía la culpa.

—No sigas, prefiero no discutir más tan desagradable asunto —cortó Ild con sequedad.

Ruhnd se echó a un lado, visiblemente avergonzado. Ild desapareció en el interior del edificio.

Roy y Yina quedaron fuera, descansando de su poco cómoda marcha. Ambos se daban cuenta de que eran observados por los demás, pero procuraron hacer caso omiso de las miradas y cuchicheos que se percibían a su alrededor.

Al cabo de unos minutos, se encendieron las pantallas. Roy y Yina se acercaron a una de ellas.

Los Octarcas estaban sentados o reclinados en cómodas banquetas, que formaban un semicírculo frente a un gran sillón, ocupado por el Gran Presidente. Había Octarcas de diversas formas corporales, sólo Ild y otro parecían tener la conformación típicamente kivoniana.

Uno de los Octarcas era una mujer que aparentaba tener unos setenta años. A tenor de lo que Roy había apreciado en Olsie, aquella mujer debía de andar por los seis o setecientos años.

El Octarca pertenecía a la raza de los gigantes, pero era viejísimo.

—Matusalénico —calificó Yina a media voz.

Apenas tenía pelo y sus ojillos chispeaban levemente tras unos cansados párpados. Las manos quedaban escondidas entre los pliegues de un enorme manto dorado. Sólo se le veía la cara, lleno por completo de arrugas.

—Y ese hombre ha hecho una cura de edad —dijo la muchacha irónicamente.

Ktan movió un poco la cabeza.

—Queda abierta la sesión —dijo, con voz cascada y muy débil—. Se va a proceder a discutir las propuestas de nuestro colega, el honorable ILD-UL-MRZIN.

—¿No sería mejor antes proceder a la elección del puesto que, infortunadamente, ha dejado vacante nuestra colega OLS-UL-SCIR? —sugirió otro de los presentes.

Era BDI-UL-TGNIL, Cuarto Octarca, el individuo cuyo nombre había pronunciado Olsie antes de morir.

Roy estudió atentamente al sujeto, de mediana estatura y edad aparente de unos sesenta y cinco años, casi calvo y con ojillos algo saltones.

«Tiene cara de zorro», pensó.

—El Octarca que sustituya a la que falta, aprobará los acuerdos que se tomen ahora —dijo Ktan.

—Está bien —intervino Ild—. Puesto que ya se conocen mis propuestas, pido que se sometan a votación, para la aprobación o denegación consiguientes.

Seis voces, sucesivamente, dijeron no.

—¿Y tú, Grandeza? —se dirigió al Presidente.

Los labios de Ktan se movieron de forma apenas perceptible:

—No —contestó.

* * *

Ild levantó una mano.

—Después de haberte escuchado, pido la suspensión de la publicidad en este pleno, a fin de hacerte unas consideraciones en privado —dijo.

—No puedes pedir eso —gritó Bdi—. Su Grandeza te ha hecho saber ya su opinión sobre el asunto consultado.

—Estás ofendiendo a su Grandeza —exclamó el Tercer Octarca, muy irritado.

Ild procuró mantener la calma.

—Pedir algo que me pertenece en derecho, no es ofensa para nadie —alegó—. ¿Qué me contestas, señor?

—Accedo —dijo Ktan escuetamente.

Las pantallas de televisión se apagaron en el acto.

—¿Qué le dirá Ild al Presidente? —murmuró Yina, muy intrigada.

—Ten paciencia, a la vuelta lo sabremos —dijo Roy.

De pronto, sintió que alguien le golpeaba el hombro con fuerza.

—Eh, tú —dijo una voz bronca.

Roy se volvió. Delante de él había un sujeto de tremenda corpulencia, aunque no era un gigante, mirándole con aire burlón.

Vestía un extraño uniforme, en el que predominaban los colores gris y azul, que Roy sabía eran la divisa del Cuarto Octarca.

—¿Es a mí? —preguntó el joven con tranquilo acento.

—Sí, a ti me dirijo, perro de tu amo. Sólo quiero decirte una cosa: apártate de aquí. Estás infectando la atmósfera con tu sola presencia.

Roy apretó los puños.

Con el rabillo del ojo se dio cuenta de la repentina ausencia del Director de Tranquilidad. En cuanto a los demás individuos, contemplaban la escena con evidente curiosidad, en la que había mucho de morboso, pensó.

—Bueno, ya me iré —dijo tranquilamente—. Vámonos, Yina.

La muchacha dio un par de pasos. Entonces, el individuo la agarró por un brazo.

—Tú, no; tú te quedas —ordenó, con acento deliberadamente provocador.

Yina no dijo nada. Sin alterarse, agarró la flecha cuádruple por el extremo más cercano a las puntas, la alzó sobre su cabeza y descargó un terrible golpe sobre el cráneo del esbirro.

Se oyó un rugido. El hombre se desplomó fulminado.

Uno de sus compañeros acudió a la carrera. Roy se interpuso, apuntándole con cuatro aguzadas varillas de acero.

—Si das un paso más, te convierto el estómago en un colador —amenazó.

El individuo se detuvo en el acto, lívido de pavor. Roy empujó ligeramente la flecha cuádruple y el otro retrocedió.

—Recoge a tu compañero y lárgate —ordenó.

Otro tipo aún más robusto que los anteriores, se acercó a Roy con aire desafiante.

—Deja esa flecha y emplea los puños —pidió.

Roy entregó el arma a Yina.

—¿Sólo los puños? —preguntó, burlón.

El esbirro saltó sobre él. Roy, agilísimo, se echó a un lado.

Antes de que el otro pudiera recobrarse, le asestó un terrible puntapié en la cadera izquierda. El guardia se desplomó, aullando de dolor.

Pero un instante más tarde, se ponía en pie de un salto, blandiendo un puñal de pavoroso aspecto. Dio un par de pasos hacia adelante y, entonces, Yina lanzó una de las flechas.

El arma se hundió profundamente en el costado del individuo, quien cayó al suelo, debatiéndose como un poseso. Intentó arrancarse la flecha, pero las fuerzas le fallaron de pronto y se quedó quieto.

El hombre apareció entonces, gritando coléricamente.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién ha asesinado a este guardia?

—He sido yo —dijo Yina—. Iba a matar a mi amigo y le he defendido, eso es todo.

—Te juzgarán por asesinato.

—Y a ti te juzgarán por abandonar tu puesto —cortó Roy secamente—. Eres el Director de Tranquilidad. ¿Dónde estabas, que no vigilabas personalmente la residencia de su Grandeza?

Ruhnd se quedó cortado. Antes de que pudiera decir nada, Ild apareció en la puerta del edificio.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó.

Ruhnd se volvió hacia él.

—Señor, uno de tus perros ha matado a un guardia —dijo.

—Porque iba a asesinar a Roy —se defendió Yina.

—Es cierto, señor —corroboró el aludido—. Fui provocado.

Roy explicó sucintamente lo ocurrido. Ild asintió momentos después.

—Asunto zanjado —dijo—. Vámonos.

Ruhnd se quedó atónito.

—Pero, ¿cómo, señor? ¿Te pones de parte de…?

—Me pongo de parte de la verdad —contestó Ild secamente.

—Muy bien, señor. —Ruhnd recogió velas—. Tú me mandas y yo soy tu obediente servidor.

—Eso es algo que convendría que no olvidases en ningún momento —aconsejó Ild, con el acento bajo y grave que indicaba frialdad hacia su interlocutor.

CAPÍTULO IX

Los hombres silueta alzaron la litera y se pusieron en marcha inmediatamente. Roy empezó a trotar junto a la muchacha.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Un poco excitada todavía —confesó Yina.

—Me has salvado la vida. No lo olvidaré.

—Aquel guardia intentó asesinarte. Jugaba sucio.

Roy oprimió con suavidad la mano de la muchacha. Ella le dirigió una cálida sonrisa.

En la litera, Ild parecía sumido en sus pensamientos. Roy le observaba de reojo, muriéndose de curiosidad, pero el Octarca no dijo una sola palabra hasta llegar a su casa.

Karmia salió a recibirles, como de costumbre.

—Te sientes disgustado, señor —dijo.

—Imagínatelo —contestó Ild—. Estoy pensando muy seriamente en dimitir y retirarme a la vida privada.

El bello rostro de Karmia expresó horror.

—Señor, tú no puedes hacer eso —exclamó—. Millones de seres confían en ti, en tu rectitud, en tu bondad. No puedes defraudarles, abandonándolos a su suerte.

—Vamos, vamos, no dramatices —dijo Ild bonachonamente—. El mundo no se hundiría porque yo dejase de ser Octarca. ¿Quieres prepararme algo de comer?

—Si, señor.

Entraron en la casa. Roy y Yina se quedaron respetuosamente en la puerta. Ild se sentó con aspecto de cansancio.

—Mis propuestas han sido rechazadas contundentemente —dijo al cabo de unos momentos.

—Por lo visto, el voto de su Grandeza fue decisivo — manifestó Roy.

—En efecto. Luego, cuando la sesión se hizo privada, traté de persuadirle con argumentos que no podían ser expuestos en público, pero... ¡se echó a dormir!

—Opino que la cura de edad no le ha hecho ningún efecto — terció Yina.

—Más bien creo que todo le da ya igual —dijo Ild—. Pero lo peor no es el hecho de que no hayan querido aceptar mis propuestas de

elección de nuevos Octarcas y Suboctarcas, sino que lo que yo quería evitar sobre todo, se va a producir dentro de muy poco.

—¿Qué es, señor? —preguntó Roy.

—Una expedición a tu planeta, para capturar más ejemplares de seres como vosotros.

Hubo un momento de silencio, Roy y Yina se sentían abrumados por la noticia.

—¿Piensas capturar muchos? —preguntó la muchacha al cabo.

—Irán decenas de naves —contestó Ild—. Considerando que en cada una de ellas pueden caber un par de millares de personas, y que la tripulación no es superior a cincuenta, resulta fácil adivinar la cantidad de terrestres que piensan traer prisioneros.

—De todas formas, no va a resultar la cosa tan sencilla —dijo Roy.

—¿Por qué?

—Hubo un tiempo en que nuestro planeta estaba superpoblado por decenas de miles de millones de personas. Una gran catástrofe aniquiló a la inmensa mayoría de la población y sólo quedaron unos pocos millones, que ahora se han convertido, aproximadamente, en cuarenta o cincuenta. Naturalmente están desperdigados.

—Las naves llevarán detectores corporales, que permitirán la localización de sus presas —arguyó Ild.

—Sí, pero no todos podrán ser pillados por sorpresa —contratacó Roy—. Y aunque después de la catástrofe hubo confusión, y se perdieron muchos de los conocimientos adquiridos durante decenas de siglos, se conservaron, sin embargo, suficientes informaciones para construir máquinas que ayudasen a la reconstrucción del planeta. Armas también, naturalmente: en la Tierra, el hombre ha sido siempre la fiera más peligrosa.

—Defiendes muy acaloradamente a los tuyos —observó Ild, «sonriendo».

—Trato de exponer, simplemente, lo que los cazadores de esclavos pueden encontrarse al llegar a la Tierra —contestó el joven —. Podrán tener éxito en sus primeras incursiones, pero como se dé la alerta, se defenderán con un salvajismo y una fiereza de la que ni siquiera tú eres capaz de hacerte una idea.

—Me hubiera gustado saber eso antes del pleno. Habría tenido entonces más argumentos para defender mis ideas.

—Tú no me dijiste nada, señor...

—¿Puedo preguntar por qué quieren cazar esclavos en nuestro planeta, señor? —intervino Yina.

Ild iba a dar respuesta, cuando entró Karmia con una bandeja en las manos.

—Tu comida, señor —dijo.

—Gracias —contestó Ild—. Seguiremos hablando en otro momento de este tema —se dirigió a la pareja.

Roy se sintió muy defraudado por la inesperada interrupción, pero no podía insistir en continuar la conversación. Estaba seguro de que Ild se hubiera negado a ello.

Pero también tenía sus propios planes al respecto y la prudencia le había hecho ocultarlo hasta el momento de ponerlos en ejecución.

* * *

Yina dormía profundamente, cuando, de súbito, alguien le tocó en un hombro.

—Despierta —oyó la voz de Roy en un cuchicheo.

Yina abrió los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Vamos —dijo él—. Sígueme.

La muchacha se levantó y salió de la casa. Al pie de la escalera divisó un tubo volante.

—¿Adónde vamos? —quiso saber.

Roy cabalgaba ya sobre el vehículo. Agarró una mano de la joven y la hizo sentarse tras él.

—¿Te gustaría hablar con su Grandeza? —preguntó.

Yina lanzó una fuerte exclamación. El vehículo estaba ya en el aire y ella se agarró con ambas manos a la cintura del joven.

—Te refieres a Ktan, supongo —dijo.

—No hablaba de otra persona —contestó él.

—Pero nosotros somos esclavos, perros... Su Grandeza no querrá siquiera recibirnos, y menos a estas horas. —Yina alzó los ojos hacia las estrellas—. Son más de la medianoche, Roy.

—La una y diez minutos, hora kivoniana —puntualizó él.

—No sé... A veces pienso que estás loco.

—No es posible —admitió Roy—. Si la cosa sale mal, habré cometido una locura. Pero si sale bien...

El joven no quiso seguir hablando. Yina, no obstante, confiaba en

él. Lo que Roy se proponía hacer, redundaría en beneficio de ambos, esperaba.

Minutos más tarde, avistaron la residencia de Ktan.

Roy hizo descender el aparato a unos cien metros del edificio, ocultándolo tras unos arbustos. Luego miró hacia adelante, por encima de los ramajes.

—Creo que he acertado —murmuró.

—¿En qué consiste tu acierto? —preguntó Yina.

Roy agarró una de sus manos.

—Ven —dijo solamente.

Echaron a andar y cruzaron el espacio ajardinado que había alrededor del edificio. Roy se acercó a la columna que sustentaba la estructura y buscó en ella algo con la mano.

A los pocos segundos, se oyó un leve chasquido. Una escalera descendió de la parte inferior de la esfera.

—Ya empiezo a conocer los usos kivonianos —sonrió.

Y emprendió el ascenso sin vacilar.

Junto a la puerta, por la parte interior, estaba el interruptor que hacía funcionar el mecanismo que escondía la escale a. Roy lo presionó y la abertura se cerró por si sola.

Al mismo tiempo, se encendieron las luces. Yina observó que se hallaban en una sala casi desprovista de muebles, salvo las consabidas banquetas.

—No se harán ricos aquí los carpinteros —dijo con sorna.

Roy siguió adelante. Yina, de pronto, se extrañó que nadie hubiese acudido a su presencia.

¿Era lógico, se preguntó, que la residencia de un jefe de Estado planetario estuviese desierta, sin servidumbre?

Atravesaron la sala de reuniones. Roy se acercó al sillón que había ocupado Ktan y lo examinó minuciosamente.

—¿Qué buscas? —preguntó Yina.

El joven no contestó. Detrás del sillón había una puerta deslizante, que supuso comunicaría con las habitaciones privadas del Presidente.

Abrió la puerta. Tendido sobre un diván, se veía a un sujeto durmiendo.

—Ktan —murmuró Yina, muy impresionada, a su pesar.

Roy se acercó al durmiente y lo observó con gran atención

durante algunos segundos. Paseó la mano por su cara, y, de repente, agarrando la nariz, pegó un fuerte tirón.

Algo que parecía piel, con unos pocos cabellos, siguió a la mano de Roy. Yina no pudo por menos de lanzar un grito de horror al ver que, tras aquella máscara que tan fielmente reproducía la fisonomía de Ktan, sólo había una cara completamente lisa.

—¡Es un hombre silueta! —exclamó.

—Así es —confirmó Roy—. Pero todavía hay más. Según todos los indicios, este ser artificial está muerto.

CAPÍTULO X

Roy arrancó a puñados los ropajes que hablan pertenecido a Ktan y desnudó el inmóvil cuerpo del hombre silueta. En el centro de su tórax se advertía un minúsculo orificio circular.

—¿Un punzón? —sugirió Yina.

—Probablemente. Ya no les servía para nada, de modo que lo eliminaron.

—¡Pero todo el planeta vio a Ktan...!

—La gente vio al sujeto que representaba su papel, Yina.

—¿Y su voz? Todos le oímos hablar...

—¿Puede hablar un hombre silueta?

Yina se quedó desconcertada. De pronto, Roy volvió a la sala y hurgó en el sillón presidencial.

Finalmente, lo volteó, poniéndolo patas arriba. Una exclamación de júbilo brotó de sus labios, al ver la pequeña cajita sujeta al asiento, por la parte inferior.

De un tirón, arrancó la cajita y la hizo saltar en la palma de la mano.

—Alguien dio las respuestas por medio de este aparato —dijo—. Recordarás que Ktan fue muy parco en todo momento. Era lógico, no convenía que alguien llegase a descubrir que la voz del Presidente era sólo una imitación.

—Pero, ¿cómo lo has adivinado? —exclamó Yina perpleja.

—Más bien lo sospeché. Ktan tenía solamente la cabeza al descubierto y ni siquiera enseñó las manos. Se puede poner una máscara en la cabeza de un hombre silueta, pero no de dos artificiales donde no hay sitio para ellos o el truco se notaría en el acto. Sin embargo, lo que más me hizo sospechar es que no moviera los labios.

—Yo no me fijé.

—Ktan habló muy poco, ciertamente, y en todo momento dio la sensación de cansancio y fatiga. ¿Era lógico en un hombre que acababa de someterse a una cura de edad?

—No —reconoció Yina—. Pero con todo esto, ¿adonde vamos a parar, Roy?

—Hasta el momento hemos averiguado que se ha producido una suplantación de personalidad. Tal vez, el auténtico Ktan, con su voto

decisivo, habría inclinado la balanza a favor de las opiniones de Ild. Pero que esto podía ocurrir lo sabía alguien y por ello preparó la comedia con el hombre silueta.

—Algún Octarca, sin duda.

—Sí, aunque de momento, no tenemos pruebas. Pero aún podemos seguir buscando; no hemos registrado por completo la residencia de Ktan.

Yina se estremeció.

—¿Acaso esperas encontrar su cadáver? —preguntó a media voz.

Roy meneó la cabeza.

—Me sorprendería extraordinariamente —contestó.

* * *

Todas las demás habitaciones estaban vacías. Para Roy era algo que se salía fuera de lo normal.

—Realmente sorprendente —calificó.

—Está bien —dijo Yina—. Vámonos de aquí. Empiezo a ponerme nerviosa.

Roy se golpeó la frente.

—Me olvidé algo importante —exclamó.

—¿De qué se trata?

—Debía haber averiguado dónde se hacía Ktan su cura de edad. No se me ha ocurrido hasta ahora…

—Se lo preguntaremos a Ild. Anda, vámonos ya, Roy.

—Sí, como quieras.

Se dirigieron hacia la puerta. Cuando iban a salir, oyeron abajo unas voces destempladas.

Roy y Yina cambiaron una mirada de asombro.

—Parecen unos alegres juerguistas —murmuró ella.

El joven reaccionó con rapidez y tiró de uno de los brazos de Yina, apartándola a un lado, justo cuando la puerta empezaba a deslizarse. Las voces de los supuestos juerguistas entraron ahora en la casa con mayor estruendo.

Eran dos y parecían muy contentos. Con los brazos sobre los hombros, subieron por la escalera, dando algún traspié en ocasiones. Cantaban desaforadamente y la letra de la canción era realmente subida de tono.

Roy oprimió el brazo de la muchacha, como para infundirle ánimos. Los dos individuos entraron en la casa.

Iban armados. Roy vio con sorpresa la primera pistola. Había tenido ocasión de oír mencionar los fusiles radiantes, pero nunca había visto uno. En cambio, no tenía noticia alguna de la existencia de pistolas.

Astuto, dejó pasar a los recién llegados. De pronto, saltó hacia delante, alargó la mano y se apoderó de una de las pistolas.

—¡Quietos! —exclamó perentoriamente.

La sorpresa de los dos individuos fue total. Durante unos segundos, permanecieron indecisos y desconcertados.

Roy observó asimismo que tenían una figura idéntica a la suya. Por los uniformes, parecían compañeros de los guardias con quienes se habían peleado la víspera.

—¿Quién eres? —preguntó de pronto uno de los sujetos.

—Eso no importa ahora. Tengo una pistola y la emplearé, a menos que no obtenga respuesta a mis preguntas.

—Bien, dinos qué es lo que quieres saber.

—Sólo dos cosas. La primera es: ¿A qué habéis venido a la residencia de su Grandeza?

—Es una orden.

—¿De quién?

—Estamos al servicio de KRU-UL-BDUN.

—Entonces, la orden ha partido de él.

—Sí.

—¿Se refiere, acaso, a un cuerpo que encontraréis ahí dentro?

Hubo un instante de silencio. Los dos guardias, a quienes la sorpresa parecía haber despejado en buena parte los vapores alcohólicos, se consultaron con la vista.

—Sí —dijo al cabo el primero que llevaba la voz cantante desde el primer momento.

—Os dieron orden de hacerlo desaparecer, ¿no es cierto?

—Bueno, sería tonto negarlo...

Una voz irritada sonó de pronto al pie de la escalera:

—Pero, ¿qué diablos estáis haciendo? ¿Tanto trabajo cuesta traer un cuerpo muerto?

—No pueden, amigo —dijo Roy—. Yo se lo estoy impidiendo.

Yina se acercó aún más a la pared. Como Roy, no había sospechado siquiera que pudiera haber alguien más en el exterior.

Abajo sonó una exclamación de sorpresa. De pronto, el individuo

empezó a subir a la carrera.

Roy oyó el ruido de sus pisadas.

—¡Quieto! ¡No te muevas!

Algo emitió un terrible chispazo a dos metros de la puerta. El resplandor deslumbró a Roy.

Se oyó un leve quejido. Uno de los guardias desapareció, convertido en una nube de humo, en cuyo interior se agitaban miríadas de chispas.

El otro, aterrado, intentó escapar. Roy quiso contratacar, usando su pistola, pero el arma no funcionó.

Brilló un segundo relámpago. Otro cuerpo humano se convirtió en humo.

Durante un instante, Roy se sintió atacado por un vivísimo terror.

El funcionamiento de la pistola le resultaba totalmente desconocido. Pero, en cambio, podía usarla de un modo eficaz.

Era un arma bastante pesada. Roy la lanzó hacia delante con todas sus fuerzas, estrellándola contra un rostro humano, de cuya boca partió un rugido de dolor.

El individuo cayó de espaldas y rodó por las escaleras, hasta detenerse en el suelo del jardín, retorciéndose de dolor. Roy bajó a la carrera y le arrebató también su pistola.

La cara del sujeto estaba llena de sangre. A pesar de todo, Roy pudo identificarlo y su sorpresa se hizo mayor todavía.

Yina se asomó a la puerta.

—Roy, ¿estás bien? —preguntó.

—Sí —contestó el joven—. Escucha, lo mejor será que nos larguemos de aquí. Creo que es hora de que volvamos a casa.

—No es mala idea —aprobó la muchacha.

Momentos después, emprendían el regreso por el mismo medio que a la ida. Agarrada al cuerpo de Roy, Yina le hizo una pregunta:

—¿Se lo contarás a Ild?

—No pienso ocultarle nada —respondió él.

—¿Sientes mucha simpatía por el Octarca?

—Su comportamiento con nosotros no ha podido ser más humanitario. Debemos corresponder, ¿no te parece?

Yina suspiró.

—Pero todavía seguimos siendo como perros para él —se lamentó.

Roy se tocó el collar con la mano izquierda.

En cierto modo, Yina tenía razón, se dijo.

* * *

—Lo siento, pero no supe manejar la pistola —dijo Roy a la mañana siguiente, mientras Ild succionaba la pasta de su desayuno.

—Aunque sepas manejarla, no lograrías hacer un solo disparo —intervino Karmia, presente en la sala.

Roy volvió los ojos hacia la hermosa mujer.

—¿Por qué? —preguntó.

—Cuando a un kivoniano, de cualquiera que sea su raza, se le concede el derecho a usar pistolas radiantes, se acomoda el mecanismo de disparo a su fórmula corporal. Nadie más que él podrá usarla a partir de ese momento.

Roy volvió los ojos hacia Ild. El Octarca no dijo nada; tenía su trompa sumergida en el plato y, mientras se alimentaba, se concentraba por completo en la labor.

— Bien —dijo—, pero los hechos subsisten invariables. Su Grandeza no estuvo presente en el pleno de la Octarquía. Alguien puso un hombre silueta en su lugar, con una máscara que reproducía perfectamente sus facciones y un transmisor de radio para emitir sus breves respuestas. Luego quisieron hacer desaparecer el cuerpo, pero nosotros ya lo habíamos encontrado.

—¿Y por qué se retrasaron tanto? —quiso saber Karmia.

—Estuvieron de juerga. Por eso, viendo que tardaban, Ruhnd, Director de Tranquilidad, complicado también en tan sucio juego, fue a indagar los motivos del retraso.

—¿Ha muerto Ruhnd?

—No, ni mucho menos, aunque es probable que le tengan que dar unos cuantos puntos de sutura en la cara. La pistola que le tiré no tiene nada de liviana —sonrió Roy.

—Lo que no sabíamos nosotros es que la gente se emborrachase aquí —dijo Yina.

—También se elabora vino en Kivo 7, aunque sólo lo beben las personas de baja condición —respondió Karmia despectivamente.

Roy suspiró.

—Mi condición es bajísima —dijo—. Por eso me gustaría una copita de cuando en cuando.

Ild terminó de desayunar y replegó la trompa de succión. Karmia

se llevó el plato.

—Lo he oído todo —manifestó el Octarca—. La situación ha alcanzado extrema gravedad.

—Sobre todo, después de saberse que Ruhnd forma parte de los conjurados —dijo Yina.

—No es eso lo malo, sino que su Grandeza haya desaparecido —se lamentó Ild—. Probablemente, de forma definitiva.

—Me gustaría saber el procedimiento empleado para hacerlo desaparecer —deseó Roy.

—Luego lo averiguaremos. Ahora voy a mi despacho, tengo algo urgente que hacer. Os veré más tarde.

Roy y Yina quedaron solos. Tras unos segundos de reflexión, el joven manifestó que iba a salir al jardín.

—Conviene vigilar —dijo.

Yina se quedó junto a la puerta.

— Estoy un poco cansada y quiero dormir un rato —declaró.

CAPÍTULO XI

Roy dio la vuelta a la casa y se encontró de repente con un espectáculo inesperado.

Los ocho hombres siluetas aparecían en un claro del jardín, erguidos, inmóviles como estatuas, con los brazos pegados a sus costados. Roy se preguntó si era aquella su postura de descanso.

—Están alimentándose —sonó a sus espaldas la voz de Karmia.

Roy se volvió. Karmia, sucintamente ataviada, como de costumbre, le miraba, sonriendo de manera incitante.

—¿De qué se alimentan? —preguntó él.

—Mira sus pies. Están hundidos en la tierra.

Roy lanzó una exclamación de asombro.

—¡Se alimentan como los vegetales! —adivinó.

—Exactamente. Una vez al día, emiten raíces, que se hunden a varios palmos de profundidad. Su tiempo de alimentación, en total, viene a durar un par de horas.

—Y con eso tienen bastante.

—No necesitan más.

—No se puede decir que la alimentación sea variada en este planeta —se quejó Roy.

—¿Pasas hambre?

—No, por supuesto, pero las tabletas alimenticias acaban por resultar monótonas. ¿Es que no hay animales domésticos, con cuya carne se puedan hacer sabrosos guisos?

—Aquí se desconocen esas tonterías —dijo Karmia despectivamente.

—Es cuestión de opiniones. Y de gustos, claro, pero no creo que discutiendo este tema saquemos gran cosa en limpio.

—¿Cuál es el tema que te gustaría discutir?

Roy no quiso caer en la trampa que le tendía la bella mujer.

—Sólo soy un perro —contestó evasivamente.

—Que, de cuando en cuando, toma ciertas iniciativas —dijo Karmia.

—Aprecio a mi amo y quiero ayudarle.

—¿Aun en el caso de que sus intenciones no se ajusten a lo prescrito?

—¿Quién soy yo para juzgar al Octarca?

Karmia se le acercó ondulantemente y le puso los brazos sobre los hombros.

—¿Te gustaría ser libre? —preguntó con voz plena de insinuaciones.

—¿A qué precio? —quiso saber él.

—Por la libertad, se puede pagar cualquier precio.

—Incluso a costa de pasar por encima de otros.

—Si resultan ser más débiles o menos listos, ¿por qué no?

Roy estudió el rostro de Karmia. Los ojos de la mujer ardían.

—¿Me concedería Ild la libertad, si yo se la pidiese? —preguntó él.

Karmia emitió una risita burlona.

—No hablemos más de ese asunto, por ahora. —Le besó suavemente en la boca—. Ven a la noche y charlaremos más extensamente.

—Iré —prometió Roy.

Karmia se alejó, con gran contoneo de caderas. Roy la miró críticamente.

—Hermosa, muy hermosa —dijo a media voz.

* * *

Ild apareció súbitamente en la sala.

—Nos vamos —ordenó.

Roy y Yina se pusieron en pie.

—Iré a llamar a los porteadores —se ofreció el joven.

—No es necesario. Tenemos una gran distancia que cubrir y en la litera tardaríamos demasiado tiempo. Abajo está ya dispuesta la otra litera.

—Debo entender que quieres que te acompañemos —dijo Roy.

—Así es.

Sorprendentemente, Ild les entregó dos pistolas radiantes.

—El mecanismo de disparo ya está acomodado a vuestra fórmula corporal —indicó—. Sólo falta quitar el seguro para poder emplearlas con toda su potencia.

El seguro era un botón situado en el lado izquierdo de la culata, que podía oprimirse fácilmente con el pulgar. Ild entregó asimismo a la pareja sendos cinturones con sus fundas correspondientes.

Pero antes de ponerse el suyo, Roy se sintió acometido por una duda.

—Señor, ¿podemos usar nosotros pistolas? —consultó.

—¿Por qué no? —dijo Ild.

—Somos tus...

—Mis servidores —puntualizó el Octarca—. Otros colegas míos, también tienen escolta armada. A mí nunca me gustó; si el pueblo me aprecia, no necesito armas. Y si no me aprecia, con dimitir queda todo resuelto.

—No todos piensan como tú, señor —dijo Yina.

—Esa es la desgracia —se lamentó Ild. Pero un segundo más tarde reaccionó y se dirigió hacia la puerta—. Salgamos de una vez —exclamó, resuelto.

La «otra litera» dejó estupefacto a Roy.

Era una especie de plataforma, de suelo acolchado, situada entre dos tubos volantes, que le daban aspecto de balsa antigua. A Yina, en cambio, le pareció otra cosa.

Ild se sentó en el centro, donde había una palanca de mando, semejante a las de los otros tubos voladores. Roy y Yina tomaron asiento inmediatamente después del Octarca.

El aparato se elevó en el acto.

—Viajamos en una alfombra voladora —murmuró Yina al oído del joven.

Roy sonrió. Sí, la imagen podía servir para el caso.

Ild hizo que el vehículo alcanzase una altura de unos doscientos metros. La velocidad era enorme, observó Roy, pero no se sentía el menor soplo de viento.

—Hay un deflector de moléculas de aire, que las separa por delante de nosotros, haciendo el papel de parabrisas —explicó Ild, cuando el joven le preguntó por los motivos de lo que estimaba un curioso fenómeno.

La tierra se deslizaba velozmente bajo ellos. Una hora más tarde, divisaron a lo lejos una altísima montaña de forma cónica.

Ild encaminó el aparato hacia allí, sin vacilar. Un poco más adelante, Roy vio una fila de construcciones situada al pie de un enorme farallón vertical.

Eran casas de forma alargada y de dos pisos, cuya parte posterior aparecía incrustada en la propia montaña. Delante de los edificios había una vasta explanada, donde se divisaban numerosos tubos voladores estacionados.

Ild guio el aparato hacia una construcción aislada del resto y de tamaño algo menos que lo corriente. Hizo que la plataforma tomase tierra y, acto seguido, saltó al suelo.

—Seguidme —ordenó.

Roy y Yina caminaron tras el Octarca. Cuando llegaban al edificio, un hombre salió a recibirlos.

—Señor —saludó el individuo—. Es un gran honor para mí.

—Kimón, ¿dónde está el director? —preguntó Ild, sin hacer caso de las zalemas del sujeto.

—Iré a avisarle.

—Ya tendría que estar aquí. ¿O es que se ha olvidado de sus deberes?

El individuo corrió al interior de la casa. Momentos después, aparecía un alduriano, en el interior de su globo flotador.

—Estoy a tu órdenes, Octarca —saludó el director—. Dime en qué puedo servirte y haré posibles tus deseos inmediatamente.

Los ojos de Ild centellearon de un modo como Roy no había visto hasta entonces.

—Jrahr, tú eres director del Centro de Cura de Edad —dijo.

—Así es, señor, y si necesitas de mis servicios…

—Lo que necesito es que me enseñes la cápsula en que su Grandeza KTAN-UL-ZSTIN se sometió a una cura de edad, durante ocho días y antes del pleno de Octarcas —pidió Ild, con voz que no admitía la menor réplica.

* * *

Jrahr, el alduriano, se agitó incómodo dentro de la atmósfera de metano en que se veía obligado a residir.

—¿Qué pasa? —gritó Ild—. ¿Es que KTAN no ha estado aquí nunca?

Dos minúsculas antenitas se agitaron nerviosamente en el verdoso cráneo de Jrahr.

—Verás, señor; es que…

Ild echó a andar hacia delante.

—Conozco el número de la cápsula de cura de edad —declaró, tajante—. KTAN la tenía reservada permanentemente, de modo que o me la enseñas tú o la veré yo sin necesidad de tu cooperación.

Roy y Yina siguieron al Octarca. Jrahr lanzó un chillido de protesta.

—¡Eh! Esos no pueden…

—Son mis sirvientes y vienen conmigo dondequiera que yo vaya —cortó Ild, enérgico.

Jrahr volvió a agitarse dentro de su globo. Pero tuvo que resignarse a los mandatos del Octarca.

Entraron en la casa. El primer individuo que había salido antes no daba señales de vida.

—Es… es aquella puerta —dijo Jrahr, con voz titubeante.

—Abre, Roy —ordenó Ild.

La puerta se abría mediante la presión de una tecla, situada junto a una de las jambas. Se deslizó a un lado y Roy pudo ver una especie de caja transparente, de forma cúbica, y unos dos metros de lado, en cuyo interior había un cómo do lecho forrado de tela roja.

Era como un diván, en el que, tendido en actitud indolente, se veía el cuerpo de un hombre muy viejo.

—Ahí está —dijo Jrahr.

Ild se acercó a la caja y contempló al hombre que parecía dormir.

—Abre, Jrahr —ordenó de pronto.

—Imposible. La cura de edad no ha terminado todavía.

—Cuando hablé con KTAN, me dijo que estaría ocho días. Han pasado de sobra, así que la cura ha terminado ya.

—KTAN es muy viejo, necesita más tiempo.

Roy se hartó de tantas dilaciones y empuñó una especie de pomo que había junto a una de las aristas del cubo. Tiró con fuerza y una de las caras de la caja giró a un lado.

Entró y tocó al durmiente.

—¡Despierta! —gritó.

El hombre no contestó. Roy le tocó la cara y notó algo que le hizo fruncir el ceño.

A manotazos, arrancó las ropas que cubrían por completo al durmiente. El cuerpo de un hombre silueta apareció en el acto ante los ojos de los presentes.

Ild se sintió poseído por una viva cólera y se volvió hacia Jrahr.

—¿Qué has hecho de KTAN? —gritó.

Pero Jrahr no contestó. Su globo se deslizaba ya velozmente hacia el exterior.

Roy se lanzó en su persecución, pistola en mano.

—¡Alto! —gritó.

De súbito, Jrahr se revolvió. Un tubo asomó, atravesando la pared de vidrio del globo, sin que aparentemente se produjeran fugas de gas.

Roy adivinó que se trataba de un arma y apretó el gatillo de su pistola. La descarga de energía produjo un agujero en el globo.

El gas se escapó a gran velocidad con un penetrante silbido. Jrahr chilló horrorosamente, a la vez que se debatía espasmódicamente en el interior de su cápsula, que perdía la presión con gran rapidez.

Ild y Yina salieron a la puerta. El globo cayó al suelo.

Jrahr se agitó todavía unos momentos. Luego, cuando la atmósfera de nitrógeno y oxígeno hubo llenado su globo por completo, dejó de moverse.

CAPÍTULO XII

Ild se sentía anonadado.

—Su Grandeza ha desaparecido —murmuró.

—Un cuerpo humano es fácil de ocultar, sin que nadie lo encuentre jamás —dijo Roy—. Pero ahora ya sabemos, de forma definitiva, que Ktan ha muerto. Poco importa, pues dónde se encuentre su cuerpo en estos momentos.

—Tal vez convertido en humo —sugirió Yina.

De pronto, Roy se volvió hacia la casa.

—Ild, ¿quién era el individuo que salió a recibirnos en primer lugar? —preguntó.

—Ashvir, el ayudante del director.

Roy se dirigió hacia el edificio. Ashvir apareció de pronto por una de las esquinas.

—¿Me buscabas? —preguntó, solícito.

—Sí —contestó Roy—. ¿Dónde está su Grandeza?

Ashvir se encogió de hombros.

—No me lo preguntes —dijo—. De su Grandeza se ocupaba Jrahr personalmente, sin dejar que nadie interviniese en la cura de edad.

—Pero el cuerpo que hay en la caja no es...

—Si no lo es, yo no sé nada. Para mí, es la primera noticia que tengo sobre el particular.

—Roy, quizá Ashvir tenga razón —intervino Ild—. Este es un asunto demasiado serio, para dejarlo en manos de subordinados.

El joven hizo un gesto de asentimiento. Ild se dirigió hacia la litera voladora.

—Regresemos —dijo lacónicamente.

Roy dio media vuelta. Yina estaba ya sentada en el aparato. Ild ocupó su puesto.

El joven se dispuso a subir. Al hacerlo, miró casualmente en dirección al ayudante.

Ashvir sonreía de un modo muy extraño. Roy se sintió presa de una súbita sospecha.

—Señor, Yina, será mejor que os bajéis —dijo, a la vez que echaba a andar hacia el ayudante.

Ild y la muchacha escucharon sorprendidos el consejo del joven. Pero ya Roy se encontraba junto a Ashvir.

—Ven conmigo —dijo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el individuo.

Roy decidió pasar a la acción directa. De súbito sin previo aviso, disparó la mano izquierda y agarró a Ashvir por el cuello, empujándole con violencia hacia la plataforma.

Ashvir, sorprendido, no pudo reaccionar. Cuando quiso hacerlo, ya era tarde y estaba junto al vehículo.

—Sube —ordenó—. Ponlo en marcha y elévalo a doscientos metros.

Ashvir estaba lívido. Boqueó agónicamente, mientras Ild y Yina contemplaban la escena con innegable curiosidad.

— Bien, ¿no quieres hacerlo? —dijo Roy—. En ese caso, te pondré sobre el aparato, bien atado de pies y manos y luego haré que vuele por si solo.

—¡No! —chilló Ashvir, lívido de terror—, ¡No lo hagas!

* * *

Ild adelantó un paso.

—Creo que comprendo —dijo—. Este tipo ha averiado los mecanismos de mi vehículo.

—Di más bien que ha sustituido el tuyo por otro parecido —puntualizó Roy.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el kivoniano, admirado.

—Eres muy pesado. Falta la huella de la marca de tu cuerpo en el lugar que ocupas durante el viaje. Me fijé en ello de manera subconsciente y, probablemente, no habría reparado en el detalle, de no haber visto a Ashvir sonreír de una forma que me dio muy mala espina. —Roy zarandeó implacablemente al sujeto—. ¿Dónde está la otra plataforma?

—Allí... detrás de la casa... —jadeó Ashvir, lívido de terror.

—Bien, en ese caso, sólo falta saber por cuenta de quién actuó este hombre —dijo Ild.

—Ahora nos lo dirá, ¿no es cierto? —habló Roy, con el cañón de su pistola apoyado en la garganta de Ashvir.

—KRU... —gimió el esbirro.

—He oído ese nombre —contestó Roy—. Lo pronunció uno de los sujetos que iban a recoger el cadáver del hombre silueta que había suplantado a su Grandeza.

—Es curioso —murmuró Ild—. KRU no fue nunca uno de mis más

tenaces adversarios. Me hubiera sorprendido menos escuchar el nombre de BDI.

—Hay alguna relación entre ambos, es indudable. Bien, ¿qué hacemos con Ashvir?

—Suéltalo —ordenó el Octarca.

—¿Cómo? ¿Es que no le vas a castigar? —se sorprendió Roy.

—Me interesa que KRU sepa lo que ha pasado. Y como estimará que Ashvir no ha ejecutado sus órdenes con puntualidad, él mismo se encargará del castigo de este pobre tonto.

—No es mala idea, pero yo, por mi parte le voy a dejar un recuerdo. No me hace ninguna gracia pensar que pude haber caído desde doscientos metros de altura.

El cañón de la pistola golpeó la sien de Ashvir, quien se desplomó al suelo en el acto. Inmediatamente, Roy dio la vuelta a la casa y regresó, montado en la plataforma voladora.

De pronto, se oyeron unos gritos.

Roy volvió la cabeza. Media docena de hombres armados corrían hacia ellos.

—Son secuaces de Ruhnd —exclamó Ild.

—¡Vamos, aprisa! —gritó el joven.

Ild y Yina treparon a la plataforma, que emprendió el vuelo de inmediato, pilotada por el propio Octarca. Roy se situó en la zaga, dispuesto a rechazar el que estimaba inminente ataque de los guardias.

—¿Por qué no nos disparan? —preguntó, mientras el aparato se elevaba raudamente.

—Están a más de cincuenta metros. A esa distancia, las pistolas radiantes son ineficaces. La intensidad de sus descargas se disipa rápidamente —explicó Ild.

—De todas formas, piensan perseguirnos —dijo Yina, al observar que tres de los guardias trepaban a la plataforma que había quedado en el suelo.

El segundo aparato se elevó raudamente, pero apenas había llegado a los cien metros, detuvo su marcha. Un instante permaneció parado y al siguiente se desplomó al suelo con su carga.

Se oyó un terrible estrépito, que acabó con los gritos de los desdichados que habían caído desde lo alto. Roy sonrió satisfecho.

—Han recibido una dosis de su propia medicina —comentó.

Y, de pronto, observando cierto revuelo en el suelo, se le ocurrió una idea.

—Ild, por favor, da media vuelta y regresa al punto de partida. No es preciso que aterrices; bastará solamente con que te quedes a setenta u ochenta metros de altura.

El Octarca obedeció, sin comprender muy bien los motivos de la petición. Como los dos jóvenes, miró hacia abajo, viendo que los tres guardias supervivientes discutían violentamente con Ashvir.

De pronto, uno de los guardias, sacó su pistola radiante.

Ashvir lanzó un agudísimo chillido, que se quebró instantáneamente, cuando la descarga lo convirtió en humo.

—¿Era eso lo que querías ver, Roy? —preguntó Ild.

El joven asintió.

—Siempre resulta útil ver cómo un traidor recibe el pago de sus fechorías, aunque sea a manos de gentes de su propio bando —contestó.

* * *

Roy empujó ligeramente la puerta. Tendida con aire lánguido en una amplia banqueta de color rosa fuerte, Karmia se entretenía contemplando algo en la pantalla de un televisor.

—Uhu —siseó el joven.

Los ojos de Karmia brillaron de alegría.

—Entra, tonto —dijo.

Roy cruzó el umbral y cerró la puerta. Sentóse junto a Karmia y la abrazó estrechamente.

—Creí que no vendrías —dijo ella, después de un beso.

—No conviene que nadie sepa de nuestras entrevistas —respondió.

—Soy libre. A nadie le importa lo que hago, Roy.

—En cambio, yo no puedo decir lo mismo. —Roy se tocó el collar—. Esa es la diferencia que nos separa, preciosa.

El índice de Karmia se paseó por el pecho del joven.

—Podrías dejar de llevar el collar, si tú quisieras —musitó.

—No tengo dinero para rescatarme y no creo, tampoco, que el Octarca quisiera dejarme libre —alegó Roy.

—El dinero es lo de menos. En cuanto a la voluntad de Ild…

—Eh, eh, pronuncia ese nombre con acento superior, como manda el protocolo —le reprochó el joven.

Karmia se echó a reír.

—Tonto, eso se hace solamente en público. Además, Ild no está presente, de modo que el acento es lo de menos —contestó—. Dime —exclamó de pronto—, ¿qué habéis hecho hoy?

—Una cosa muy importante, averiguar que su Grandeza ha muerto, aunque no hemos conseguido saber qué se hizo con su cuerpo.

—¡Sorprendente! —exclamó Karmia—. Esto puede traer consecuencias políticas incalculables.

—Yo también opino así, pero, ¿qué me importa quién mande, si he de continuar siendo un perro? Los que vengan, no serán mejores que los actuales, créeme.

—No seas escéptico. Las cosas cambiarán, estoy segura de ello.

—Si nombran a Ild Gran Presidente...

—No hablemos ahora de Ild —cortó ella—. Cuéntame lo que ha pasado, por favor.

Roy habló durante unos minutos, aunque rebajando voluntariamente el valor de sus intervenciones. Al terminar, ella le contempló admirada.

—Creo que Ild hizo una buena adquisición al comprarte —dijo.

—No he salido mal perro guardián —contestó él—. Pero, ¿por qué no nos ocupamos ahora de nosotros, hermosa?

—Espera un momento —pidió Karmia—. ¿Por qué esa insistencia en considerarte como un perro, Roy?

El joven se señaló el collar.

—Lo llevo, igual que los canes en mi planeta; y también tuve un hilo, que sustituía a las cadenas que se usan en la Tierra en tales casos —contestó—. Por último, la propia palabra que define mi condición...

—¿Cómo? —se sorprendió ella—. ¿Qué quieres decir?

—Ya empiezo a comprender algo del lenguaje kivoniano, aunque, para seguir una conversación normal, necesito todavía la traductora automática. En el idioma de Kivo 7, yo soy un perro, lo cual define estupendamente mi situación.

Karmia meneó la cabeza.

—Temo que no has sabido captar bien los matices —dijo—. La palabra correspondiente a «perro» en tu idioma y la que se refiere a tu situación, son muy similares, pero el significado distinto. A ti se te

podría llamar el *hombre-que-es-de-otro-hombre,* cosa que se pronuncia aquí con un par de sonidos, muy semejantes a la palabra perro, pero que no lo son, en realidad.

—Todo eso es una cuestión de semántica que me deja frio. Soy el perro de Ild, con inteligencia si tú quieres, pero sin que ello altere las circunstancias en que me encuentro.

Los mórbidos brazos de Karmia se enroscaron en torno a su cuello.

—Yo no te considero como un perro —susurró ardientemente.

—Es que yo, a tu lado, vuelvo a ser lo que siempre fui —contestó él, buscando aquella boca que tan fácilmente se le rendía.

Pasaron unos minutos. De repente, un vivísimo chispazo disipó las tinieblas exteriores, a la vez que se oía un agudísimo grito de terror.

Los chispazos se repitieron un par de veces. Luego cesaron de forma brusca.

Karmia se irguió, sobresaltada.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó.

A su lado, Roy sonreía ladinamente.

—¿Quieres que salgamos a verlo? —propuso.

CAPÍTULO XIII

Ild estaba asomado a la ventana de su dormitorio. Todas las luces de la casa se habían encendido y el sector del jardín inmediato al edificio, aparecía brillantemente iluminado.

En el suelo, a cinco metros escasos de la columna, se veía un cuerpo carbonizado. Karmia apartó la vista a un lado, horrorizada por el aspecto que ofrecía el cadáver.

Yina procuró disimular la repugnancia que le inspiraba el espectáculo. Desde la ventana, Ild preguntó:

—¡Roy! ¿Qué ha sucedido?

—Nada, señor. Puedes seguir descansando tranquilamente.

—Tengo un olfato muy sensible. Huelo a carne quemada —dijo el Octarca.

Roy se dio cuenta de que, dada la posición de la ventana de Ild, no podía ver lo que ocurría en el jardín.

—¿Por qué no sales siquiera a la puerta de tu casa? —sugirió.

Ild aceptó el consejo y se asomó a la puerta. Estudió unos instantes el cuerpo carbonizado y luego se volvió hacia el joven.

—Explícate —pidió.

—Este hombre pretendía entrar subrepticiamente en tu casa —dijo Roy—. Como no es la primera vez que atentan contra tu vida, preparé una trampa, con un cable metálico conectado a una fuente de energía. La sacudida le hizo disparar una vez su pistola radiante, que ya llevaba prevenida.

—Pero eso no es suficiente para que muriese carbonizado —alegó Ild.

—No hubiera sido suficiente, en circunstancias ordinarias, pero la pistola radiante genera energía que se disipa en el ambiente o al chocar contra un blanco. En cambio, tu plataforma voladora, genera otro tipo de energía, de signo enteramente distinto a la anterior, porque se necesita su aprovechamiento íntegro en el transporte. El choque entre las dos clases de energía fue lo que produjo la descarga que fulminó a ese sujeto.

—Diríase que lo esperabas —murmuró Ild con acento pensativo.

—Esperaba un atentado y el cable conectado a la fuente de energía de la plataforma voladora era suficiente para dar la alarma con un fuerte chispazo. El intruso gritó una vez, era lógico que lo

hiciera, aunque no muriese. Pero su desgracia fue llevar una pistola radiante a punto de funcionar.

—Es decir, que la alarma habría funcionado aunque ese tipo no hubiera muerto.

Roy se inclinó.

—Exactamente, señor —confirmó.

Ild hizo un leve gesto con la mano.

—Tuve suerte al comprarte —murmuró—. Bien, creo que va a ser hora de pasar a la ofensiva.

—¿Qué piensas hacer, señor? —preguntó Karmia solícitamente.

—Todavía no lo sé. Me siento muy cansado, terriblemente cansado —declaró Ild—. De buena gana abandonaría la lucha..., pero no puedo dejar el planeta en manos de una banda de sanguinarios desaprensivos.

Dio media vuelta y se metió en la casa, con aire de indudable abatimiento. Roy bajó la vista hacia el cadáver carbonizado y lanzó un suspiro.

—Conviene que las mujeres se retiren —dijo—. Hacer de sepulturero no es una labor agradable, aunque sí necesaria.

* * *

—Su Grandeza, nuestro amado Gran Presidente KTAN-UL-ZSTIN, ha fallecido, agobiado por los años, enfermedad que ya no se podía aliviar siquiera con la cura de edad a que se sometía regularmente. De acuerdo con los deseos que había expresado en innumerables ocasiones, no se celebrarán exequias fúnebres en su honor, ni habrá discursos ni se efectuarán actos que alteren la vida normal del planeta. Su Grandeza será enterrado discretamente, en la más completa humildad, sin pompa ni ostentación alguna, como vivió.

—¡Qué conmovedor! —dijo Roy sarcásticamente.

—¿De qué te extrañas? KTAN fue siempre un hombre muy sencillo y enemigo de los honores —exclamó Karmia, que también escuchaba la transmisión de la noticia a través de un televisor instalado en la sala.

—Es probable que tengas razón, pero, dadas las circunstancias, ¿por qué no se transmite el acto? Todo el mundo tendría derecho a ver el cadáver de KTAN, ¿no crees?

Karmia se encogió de hombros.

—Yo no sé nada —contestó—. Sólo soy una sirvienta en esta casa.

—Por propia voluntad —dijo Yina, intencionadamente.

—En Kivo 7 la obligación de trabajar, si no se está enfermo, es ineludible. ILD necesitaba una sirvienta y yo me ofrecí para el puesto, eso es todo.

—No quisiera haberte molestado, Karmia.

—Tú no puedes molestarme —contestó la otra despreciativamente.

Los ojos de Yina despidieron un centelleo de cólera. Por debajo de la mesa, Roy le dio una patada en el tobillo, a fin de indicarle discreción.

El locutor, continuó:

—Hay, ahora, dos puestos vacantes en el gobierno de nuestro planeta: el de su Grandeza y el de la Segunda Octarca, OLS-UL-SRCIR. Los siete Octarcas restantes, se reunirán muy pronto, con objeto de elegir de entre ellos al que merece ocupar el puesto de Gran Presidente. Por tanto, quedarán seis Octarcas, quienes estudiarán posteriormente las listas de candidatos, a fin de elegir a los que hayan de ocupar los lugares vacantes. Las elecciones serán reservadas y los nombres de los candidatos triunfantes se harán saber oportunamente.

—No está mal —dijo Roy—. Pero nueve hombres son pocos para gobernar un planeta.

—Es la ley —señaló Karmia.

—Las leyes son obra de seres humanos y se pueden modificar cuando resultan anticuadas o ineficaces.

—Tú y yo no tenemos derecho a intervenir en ese aspecto.

Otra vez volvió a hablar el locutor:

—Inmediatamente de elegido el Gran Presidente, se someterá a una cura de edad, como está prescrito.

—¿Qué es eso, Karmia? ¿Puedes explicármelo? —pidió Yina.

—Simplemente, una reparación de los estragos de los años en el organismo de una persona. En cierto modo, es un retroceso en la edad, pero, a medida que esa persona sé hace más vieja, la cura de edad se hace gradualmente más difícil.

—Hasta que resulta ineficaz.

—Sí, aunque, claro está, todo depende de la persona en sí y de sus propiedades corporales. Diciéndolo de un modo abreviado, unos rejuvenecen más que otros, aunque tengan la misma edad.

—¿Has hecho tú alguna cura de edad? —preguntó Yina, dulcemente.

Karmia se sofocó.

—¡Tengo veintiocho años! —barbotó.

—Magníficos veintiocho años —suspiró Roy.

Esta vez, la que movió el pie bajo la mesa, y no con blandura, fue Yina.

* * *

Hubo un cierto revuelo en el jardín. Seis guardias, tripulando otros tantos tubos voladores, llegaron ante la casa, escoltando el aparato en que viajaba otro individuo.

BDI-UL-TGNIL se apeó de su vehículo y miró un instante a su alrededor. Luego se dirigió hacia la escalera, a cuyo final, en el umbral de la puerta, se encontraba Karmia.

—Bien venido, señor —saludó la joven—. Ten la bondad de pasar. Ahora mismo avisaré a mi señor.

—Gracias —contestó el Octarca con acento lleno de benevolencia.

Bdi entró en la casa. Roy y Yina estaban junto a la puerta y sintieron en sus rostros la mirada de! recién llegado.

Los terrestres permanecieron impasibles, sentados, sujetos a la anilla por sendos hilos. Karmia les había hecho ver la conveniencia de ser atados, a fin de que Bdi no tuviera motivos de queja contra Ild.

El Séptimo Octarca apareció en la sala.

—Celebro verte, BDI —dijo—. ¿Quieres tomar asiento? Te ofrecería una copa de vino, pero ya sabes que a mi raza no le sienta bien.

—No te preocupes, ILD —contestó el otro, empleando también el acento superior—. Tu benévola acogida me satisface tanto como una copa del mejor vino.

—Eres muy amable conmigo. ¿Puedo servirte en algo?

Bdi volvió los ojos hacia la pareja de terrestres.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Mis perros —contestó Ild.

Esta vez, Roy procuró captar el verdadero matiz de la palabra que definía su situación. Sí, Ild había dicho ahora: «los seres que pertenecen a otro ser».

«Nos llama perros, pero de otra manera», pensó.

—Sí, ya me enteré de que habías comprado dos terrestres —dijo Bdi con aire intrascendente—. Por cierto, tengo entendido que hace algunos meses hubo otro terrestre, aunque fue trasladado a la Universidad Anatómica. Creo que se realizaron unos estudios muy interesantes.

Yina se estremeció. ¿Qué habían hecho con aquel desgraciado compatriota? ¿Vivisección?

—Contra mi voluntad —declaró Ild—. Los experimentos del doctor Gdun nunca me agradaron.

—Bah, bah, era sólo un perro... Pero no hablemos de ese asunto, que no tiene la menor importancia. En cambio, sí quiero discutir contigo otro muy importante.

—Tú dirás, BDI.

El visitante se inclinó un poco hacia adelante.

—Voy a proponerte para Gran Presidente —anunció.

Ild pareció sorprenderse ante aquellas palabras.

—BDI, ¿estás seguro de lo que dices? —exclamó.

—Nadie mejor que tú para ocupar el puesto. Serás un digno sustituto del gran KTAN, uno de los mejores Presidentes que Kivo-7 haya tenido jamás. He hablado con dos o tres de mis colegas y todos están de acuerdo.

Ild reflexionó unos instantes.

—BDI, caso de que yo aceptase tu propuesta, y en el supuesto de que resultase elegido, ¿te das cuenta de que seguiría adelante con mis proyectos de una legislación y de que haría todo lo posible para conseguir que se aprobase?

Bdi hizo un gesto con las manos.

—Tal vez ello nos descargase de muchos y pesados asuntos, de los que hemos de ocuparnos innecesariamente. Podrían ser desempeñados por subordinados, bajo nuestra supervisión.

—Está bien, acepto —se decidió Ild de pronto.

Bdi se puso en pie, lleno de satisfacción.

—Estoy seguro de que serás elegido —manifestó.

Momentos después, Bdi había desaparecido, junto con su séquito. Karmia se precipitó hacia Ild, le tomó una mano y se la besó reverentemente.

—Oh, señor, qué honor tan grande ser la sirvienta personal del Gran Presidente —exclamó, arrobada.

—Todavía no lo soy, Karmia —«sonrió» Ild.

—Lo serás, señor —afirmó ella—. Nadie mejor que tú para ocupar el puesto que ha dejado vacante KTAN.

Ild se volvió hacia los terrestres.

—Y vosotros, ¿no tenéis nada que decirme? —preguntó.

—Te felicitamos muy sinceramente, señor —dijo Roy.

—Y nos consideraremos muy dichosos de ser los perros de su Grandeza —añadió Yina.

CAPÍTULO XIV

—¿Es sincera la oferta de Bdi? —dijo Ild más tarde.

— Yo no me fiaría de ese tipo, señor —contestó Yina.

—Durante mucho tiempo, se ha mostrado como tu más enconado adversario. Ahora, de repente, quiere proponerte para Presidente. Incluso asegura que apoyará tus proyectos de nueva legislación. Es un giro de ciento ochenta grados que no inspira la menor confianza.

—Así lo pienso yo, pero en el supuesto de que mis colegas me votasen, ¿podría rechazar el resultado de la elección? —dijo Ild.

—Evidentemente, no. Sin embargo, es preciso considerar todas las circunstancias de la elección y obrar de acuerdo con tus conveniencias personales, antes que las del cargo, por muy egoísta o poco desprendido que esto pueda parecer.

—¿Qué quieres decir, Roy?

—Sencillamente, que mires por tu vida en primer lugar, porque así podrás seguir siendo un Gran Presidente. Pero si mueres, no conseguirás otra cosa que una serie de frases laudatorias y unos bonitos funerales, con lo que alguien tendrá ahora el camino absolutamente expedito.

—Comprendo —dijo Ild—. Pero si se me propone para Gran Presidente, no puedo rechazar la propuesta, a menos que dimita como Octarca y me retire a la vida privada.

—Con esos tiburones esperando su presa, no puedes hacerlo —intervino Yina.

—Aceptaré —se decidió Ild de pronto—. Pero no perderé de vista a Bdi y procuraré enterarme de cuáles son sus verdaderas intenciones.

—Eso está muy bien —aprobó Roy—. Y ahora, dime, ¿a qué experimentos se refirió Bdi cuando mencionó al doctor Gdun, de la Universidad Anatómica?

La tristeza de Ild no se podía expresar con gestos; sólo con el tono más grave de su voz, sin apenas silbidos.

—Hay algunos que quieren tener figura semejante a la vuestra —contestó.

Roy se estremeció, porque creía comprender el significado de esa palabra.

—Es decir, hacen que trasplanten su mente a un cuerpo terrestre

—dijo.

—¿Son de tu raza? —preguntó Yina.

—Sí —contestó Ild—. Hasta ahora, ningún experimento ha triunfado plenamente, aunque sé que van por buen camino.

—Bien, pero, ¿con quiénes experimentan? —preguntó la muchacha.

—Se trajeron algunos ejemplares de Ermidon IV, que son en todo iguales a vosotros, como habéis podido comprobar con Karmia, pero sus autoridades protestaron enérgicamente y tuvo que suspenderse la operación.

—Entonces, claro, alguien encontró la Tierra y...

—Lo siento, yo siempre me mostré opuesto a tales experimentos. Pero tratándose de una cosa científica, mi oposición no puede ser tan fuerte como si se tratase de un asunto político.

—Sí, es un asunto científico, que debería resolverse con la adecuada política —comentó Roy de buen humor—. ¿Cuándo será la elección?

—Si Bdi se pone de acuerdo con los demás Octarcas, dentro de tres días o cuatro, como máximo —contestó Ild.

* * *

Dos noches más tarde, Yina despertó al sentir que alguien le tocaba en el hombro.

—No hagas ruido —oyó la siseante voz de Roy.

La muchacha se sentó.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Ven conmigo y lo verás —sonrió él en la oscuridad—. Nos vamos a divertir un rato, te lo aseguro.

Yina se puso en pie y siguió al joven sin rechistar. Cuando salió al jardín, vio la plataforma voladora parada al pie de la casa.

—Sube —indicó él.

—Eres un pájaro nocturno —sonrió Yina, una vez que la plataforma se hubo elevado en el aire—. ¿Qué ventaja encuentras en actuar de noche?

—Todas las que no podría encontrar durante el día —respondió él sin vacilar.

—Sí, tienes razón, pero... me gustaría saber adonde vamos, para poder actuar de acuerdo con las circunstancias. No me gustaría tener que moverme como si me hubieran puesto una venda delante de los

ojos.

—Vamos a la Universidad Anatómica —dijo él.

—Oh —exclamó Yina—. Pero, ¿qué vamos a hacer allí?

—Ya lo sabrás cuando llegue el momento.

—Pero si tú no conoces...

—Yina, ¿me supones tan tonto como para ir a. un lugar que no haya explorado previamente?

Ella se mordió los labios.

—Tengo la sensación de que anoche faltaste de casa durante un buen rato —dijo.

—Sí —admitió Roy, sonriendo sibilinamente.

Yina volvió la cabeza. Detrás de ellos, vio un bulto envuelto en telas y atado con unos fuertes hilos, cuya naturaleza no supo adivinar por el momento.

Ya no quiso hacer más preguntas y se dejó llevar. Al cabo de media hora, avistó a lo lejos una alta montaña que le pareció conocida.

—La Universidad Anatómica está muy cerca del centro de curas de edad —aclaró Roy.

La plataforma, hábilmente guiada, se dirigió hacia un punto situado a la derecha del lugar donde habían estado días antes. Yina pudo darse cuenta de que la vigilancia allí era nula.

—¿Es que no hay nada que proteger? —inquirió, extrañada.

—La ciencia se protege por si misma —contestó él, con sorna.

El aparato se detuvo. Roy agarró el paquete y se lo echó a la espalda. Acto seguido, rompió la marcha, seguido de la muchacha.

Entraron en el edificio. Roy llevaba una linterna de gran potencia en la mano. Subieron al primer piso y se hallaron en una gran sala, cuyo contenido hizo sentir náuseas a Yina.

—Espantoso —calificó.

—Por lo visto, siguen las expediciones a la Tierra —dijo él.

Yina se volvió hacia el joven.

—Pero nosotros, ¿por qué nos salvamos?

—Tuvimos la suerte de que en el Zoo se necesitasen ejemplares de *Homo terrestris.* Pero nadie puede asegurar que, andando el tiempo y una vez satisfecha la curiosidad de los kivonianos, nos hubiésemos acabado también en este anfiteatro de disección anatómica.

Yina paseó la vista con repugnancia por las distintas mesas en

que yacían los cuerpos y no solamente terrestres, sino también kivonianos. Había gran cantidad de aparatos científicos, de extrañas formas, pero que supusieron eran destinados a las operaciones que allí se realizaban.

—De modo que también kivonianos.

—Sí —confirmó Roy—, de los que ellos llaman de la más baja especie. Clases inferiores, para que lo sepas. En cuanto a los terrestres..., bueno, tienes un collar a la garganta, ¿no?

Yina elevó su mano maquinalmente y asintió.

—Si, algunos nos consideran como perros —concordó.

—Está bien, al trabajo —exclamó Roy—. Ya no podemos perder más tiempo.

Quitó la envoltura del paquete y sacó en primer lugar un rollo de cable.

—Empieza a desenrollarlo, Yina —indicó.

La muchacha obedeció. Roy arrodillado, actuaba con singular destreza. Yina se dio cuenta de que estaba preparando un explosivo, aunque no quiso formular ninguna objeción.

Al terminar, Roy agarró una pesada caja con ambas manos y se dirigió hacia lo que parecía un armario donde se custodiaban importantes documentos. Dejó la caja en el suelo y efectuó los últimos empalmes, alumbrado por la luz de la linterna que sostenía Yina.

—Vámonos —dijo un minuto más tarde.

Salieron corriendo y montaron en la plataforma, que se elevó de inmediato en los aires. Roy aceleró al máximo, pero se detuvo a unos dos kilómetros de distancia de la montaña.

Minutos más tarde, vieron un colosal fogonazo. El trueno de la explosión llegó al cabo de unos segundos.

Después, hubo una pausa de silencio en la plataforma. Yina fue la primera en romper el silencio, al cabo de unos minutos.

—Roy, allí había seres de ambas razas y ahora están muertos.

—Los que tenían figura semejante a la nuestra, ya estaban muertos, sólo eran cuerpos sin alma, porque su cerebro había sido extraído ya, a fin de implantarles cerebros kivonianos. En cuanto a éstos, ¿habrían soportado el *shock* que hubiera supuesto verse con su propia mente, pero con un cuerpo que no era el suyo?

—Tú no puedes asegurarlo, Roy —exclamó ella con vehemencia.

—Ciertamente, no —admitió el joven—. Pero todos los kivonianos que estaban allí, suponiendo que siguieran con vida, habían sido llevados a la fuerza para ensayos; no había ni uno solo voluntario… y no todos son del mismo modo de pensar que ciertos ambiciosos Octarcas que quieren cambiar de figura. De todas formas, si he actuado mal, pronto tendré ocasión de saberlo.

—Empiezo a sospechar que anoche estuviste explorando el terreno —dijo Yina.

—Es cierto, no podía actuar sin saber dónde ponía el pie.

—¿Y los explosivos?

—El generador de energía de un tubo volador, conectado a una toma de corriente en cortocircuito —explicó él sobriamente.

Ya no hablaron más. Llegaron a la casa y se tendieron a dormir en su sitio habitual.

Karmia despertó al día siguiente un poco más tarde de lo acostumbrado. Roy no dijo nada; en modo alguno le convenía que ella sospechase que había sido narcotizada.

El Octarca se presentó poco después a desayunar.

—He oído noticias mientras me aseaba —manifestó.

—¿Interesantes, señor? —preguntó Yina, sentada en el suelo, junto a la puerta.

—Según se mire. Una extraña explosión ha destruido todo un pabellón de la Universidad Anatómica, precisamente donde el doctor Gdun realizaba sus experimentos. El doctor Gdun y un par de ayudantes, que residían en el mismo edificio, han muerto y toda su documentación ha resultado destruida.

—Una gran pérdida para la ciencia —se lamentó Roy.

—Algunos lo estimarán así —contestó Ild—. En cambio, yo pienso que ha sido una suerte.

Roy volvió los ojos hacia Karmia.

La cara de la joven estaba blanca como la nieve.

CAPÍTULO XV

BDI en persona vino a dar la noticia días más tarde.

—Has sido elegido Gran Presidente —anunció—. Te felicito, ILD.

—Es un honor para mí. Procuraré ser digno del cargo —contestó el nuevo jefe de Estado planetario.

—Supongo que ahora cumplirás con lo que prescriben las leyes —dijo Bdi con acento de indiferencia.

—¿Te refieres a la cura de edad?

—Por supuesto. El Gran Presidente debe hallarse en la plenitud de sus facultades físicas y mentales y una cura de edad le deja a uno como nuevo —sonrió Bdi.

—Eso es cierto, y no seré yo quien incumpla las leyes, puesto que soy el encargado de velar por su observancia. Pasado mañana iniciaré mi cura de edad.

Bdi se inclinó respetuosamente.

—Nada me complace más que haber sido yo el mensajero de la buena noticia de tu elección —dijo.

Momentos más tarde, se marchó. Ild llamó entonces a la pareja.

—Me acompañaréis al centro de cura de edad —dijo.

—¿Cuándo? —preguntó Roy sobriamente.

—Pasado mañana, a las nueve de la mañana, hora local.

—La duración de la cura es de ocho días, creo —dijo Yina.

—En algunos casos, pocos, se alarga hasta doce, pero nunca más.

—Una pregunta, señor —solicitó Roy.

—Si, dime —accedió Ild.

—La persona que se somete a una cura de edad, ¿tiene su cabina previamente designada?

—Por supuesto. Se señala con un rótulo, a fin de evitar errores. ¿Por qué lo dices, Roy?

—Mera curiosidad, señor —sonrió el joven—. No olvides que, pese a todo, soy un recién llegado a Kivo 7.

Más tarde, Karmia se procuró un aparte con Roy.

—Hace días que no vienes a verme —se quejó.

—Esta noche —prometió él.

Karmia hizo aletear sus espesas pestañas.

—¿Seguro?

—Cuenta con ello, hermosa.

—Procura ponerte a mi lado. Puedes obtener grandes ventajas.
—Estar junto a ti, ¿no es la mayor de las ventajas?
Ella lanzó una risita de complacencia.
—Eres muy galante —elogió.
Yina contempló la escena desde lejos y se sulfuró.
—¿De qué hablabas con esa pájara? —preguntó, apenas se le presentó la ocasión.
—Quiere que vaya esta noche a su dormitorio —respondió él sin inmutarse.
—Y me lo dices así, tan fresco.
—¿Quieres que me eche a llorar? He ido varias noches casi seguidas y Karmia no se ha quejado. Claro que no podía quejarse, puesto que yo la narcotizaba. Como pienso hacer esta noche, ¿lo comprendes?
Yina sonrió suavemente.
—¿Otra exploración del terreno? —dijo.
Roy hizo un gesto de afirmación.
—Pero no podrás venir conmigo —objetó.

* * *

El hombre dormía profundamente, cuando sintió una presencia extraña en la habitación.
BDI-UL-TGNIL abrió los ojos. Inmediatamente, se sentó de golpe en la cama.
—¡Perro! ¿Qué haces tú aquí? —exclamó descompuestamente.
Roy no se inmutó siquiera.
—He venido a darte una mala noticia —contestó.
—Tu sola presencia es ya una mala noticia. Creo que la bondad de Ild ha hecho que se te suban los humos a la cabeza. Injustificadamente, por supuesto.
—Quizá, pero Ild es una buena persona, cosa que no se puede decir de ti y de algunos de tus colegas de la Octarquia. Pero tú eres el peor de todos y por eso he venido a verte. Bdi, ¿es que no has sabido darte cuenta de que todos tus atentados contra Ild han fracasado miserablemente?
Los ojos del Octarca centelleaban.
—No sé de qué me estás hablando.
—Olsie se encaprichó de mí. Pasé unas horas muy agradables junto a ella. Pero pude escuchar la conversación que sostenía

contigo. Olsie tenía un plan; es preciso reconocer que era bastante ambiciosa también, aunque quizá sólo quería apartar a Ild por procedimientos menos violentos que los que tú has empleado en todo momento. Ignoro cuál era el plan de Olsie y, en realidad, poco importa. Pero sí sé que ella murió porque no estaba de acuerdo contigo…, ¡y esa muerte es la que tienes que pagar!

Bdi sonrió burlonamente.

—Tú, un miserable perro terrestre, ¿te atreves a decir de mí cosas semejantes? —contestó.

—Ya están dichas. Y tu sentencia también ha sido pronunciada. Sólo falta la ejecución.

—No te veo armas de ninguna clase —dijo Bdi, sin abandonar su tono sarcástico.

—No las necesito. —Roy meneó la cabeza—. Como Octarca tienes un gran poder, pero te parece poco y eres sumamente ambicioso y quieres ser aún más poderoso. Has conseguido que los demás Octarcas te apoyen, sobre todo los de figura kivoniana, prometiéndoles que tendrían una figura semejante a la tuya. Pero el doctor Gdun ha muerto y ya no realizará más experimentos con cuerpos terrestres y kivonianos, ni tú tampoco enviarás más expediciones a mi planeta, a fin de capturar seres como yo, puesto que no puedes traerte gentes de Ermidon IV, lo que ha provocado ya más de una protesta de su gobierno.

»Ild era un estorbo para tus planes. Es un Octarca querido por el pueblo y sus propósitos de ampliar el gobierno y sus auxiliares, y hacer que la gente elija a los mejores, de un modo libre y falto por completo de toda clase de condicionamientos, se cumplirán, porque será un bien para Kivo 7. Por supuesto, tú no lo impedirás.

Bdi se echó a reír. De pronto, alargó la mano y sacó una pistola radiante que tenía en un hueco próximo, situado en la pared, cerca de la cabecera de la cama.

—¿Eres tú el que lo vas a impedir? —preguntó.

Y apretó el gatillo, pero la descarga salió hacia atrás y lo fulminó en el acto.

* * *

En la cabina de cristal había un rótulo en el que se leía: GRAN PRESIDENTE ILD-UL-MRZIN.

Ild estaba en su interior, tendido sobre la litera, con los ojos

cerrados. Junto a la cabina se hallaban Roy y Yina.

Al lado había otra caja de cristal. El título decía: KAR-MIA-ZTAR.

Karmia llegó de pronto y se mostró sorprendida al ver a la pareja en aquel lugar.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con despego.

—Su Grandeza nos ordenó permanecer a su lado mientras dure la cura de edad —respondió Roy.

Karmia se encogió de hombros.

—Es lo mismo —dijo.

Un par de individuos acudieron y prepararon la cabina de Karmia. La joven se dispuso a entrar.

— Luego vendrá Bdi —aseguró, mientras cruzaba el umbral.

Los técnicos cerraron la puerta y se dirigieron luego al cuadro de mandos, a fin de poner en funcionamiento el mecanismo que actuaba cuando había un paciente en el interior del aparato. Karmia sonreía burlonamente.

De pronto, Roy sacó un pequeño transmisor de radio. Hizo un gesto con la mano y Karmia, aunque extrañada, buscó debajo de la litera y encontró otro transmisor análogo.

— Bdi no vendrá —anunció él.

—¿Cómo lo sabes? —gritó la mujer.

—Quiso disparar contra mí una pistola radiante, sin darse cuenta de que yo había alterado la posición del cañón. Sencillamente, salió el tiro por la culata.

Karmia se sentó de golpe en la litera.

—Entonces, ha muerto —exclamó.

—Lamentablemente, así ha sido. Karmia, temo que tus sueños de convertirte en una persona importante, la más importante después de un futuro Gran Presidente que ya no existe, se han disipado como se disipó el humo en que se convirtió Bdi. Fuiste su cómplice...

—¡El me arrastró! —chilló la mujer.

—No trates de culpar a un muerto; también tú tienes tu propia parte de culpa, incluso en la muerte de Olsie, sólo porque su plan no coincidía con el de Bdi. También Olsie tenía sus propios proyectos, pero como a Bdi no le gustaban, y además, estimaba que era una temible competidora, la quitó de en medio, con tu aprobación o por tu sugerencia, tanto da.

—Ni siquiera sabes cuál era el plan de Olsie —dijo Karmia,

despectivamente.

—¿Por qué no me lo explicas tú?

Karmia vaciló.

—Bah, no merece la pena —contestó.

—Seguro que yo entraba en ese plan; seducirme a mí, para llegar a Ild… y luego quedarse ella en las mejores condiciones para, un día, conseguir el puesto de Gran Presidente. Eso, por supuesto, no convenía a Bdi. Ni a ti tampoco, que ambicionabas ser la esposa de su Grandeza. ¿Me equivoco?

—Aunque sea cierto, ¿cómo lo vas a probar?

—Ild te está oyendo —dijo Roy, empleando para hablar el acento superior que requería la ocasión.

Karmia volvió la cara. Efectivamente, Ild estaba sentado en su litera, con un transmisor de radios en las manos.

—Te oigo, Karmia —confirmó.

La cara de la mujer se descompuso. Entonces, Roy, tranquilamente, cambió los rótulos de las dos cabinas.

Karmia vio que colocaban en la suya el correspondiente al de Ild y el suyo en la del Gran Presidente. Un aullido de pánico brotó de sus labios.

—Tienes miedo, ¿verdad? —sonrió Roy—. Bdi lo había preparado todo magníficamente; incluso presionó para que 1LD saliera elegido. Pero como sabía que tenía que hacer la reglamentaria cura de edad, preparó su cabina, haciendo invertir los mecanismos rejuvenecedores, de modo que en realidad, habría envejecido y con mayor rapidez de lo ordinario. Eso es lo que te sucederá a ti, Karmia.

—No… no… —balbució, ella, aterrada.

—Sugerí a mi amo que investigase tus antecedentes en Ermidon IV. No tienes veintinueve años, como aparentabas, sino casi trescientos. Cuando termines tu «cura de edad», saldrás de ahí con novecientos o mil años sobre tus costillas. Imagínate, entonces, el aspecto que tendrás.

—Tú no puedes hacer eso —gimió Karmia.

—Está hecho ya —declaró Ild, implacable.

De repente, con los ojos fuera de las órbitas, Karmia se lanzó hacia adelante y forcejeó con la puerta de la cabina.

—¡No lo hagas! —gritó Ild—. Los mecanismos están ya en funcionamiento y podrías…

La puerta se abrió, y en el mismo instante, se produjo un vivísimo chispazo. Se oyó un seco estallido y un cuerpo humano rodó al suelo, completamente carbonizado.

Algunos servidores acudieron corriendo. Roy se acercó a la cabina del Gran Presidente.

—¿Tienes algo más que mandarme, señor? —preguntó.

—Espera a que haya terminado mi cura de edad —contestó Ild.

* * *

Doce días más tarde, Ild, en persona, quitó los collares que aún ceñían las gargantas de la pareja.

—Sois libres —anunció.

Roy sacudió el cuerpo con fuerza.

—Lo hacen los perros cuando se les quita el collar —dijo, sonriendo.

—¿Cuáles son vuestros propósitos? —preguntó Ild.

Roy miró de reojo a la muchacha.

—Yina y yo nos entendemos bastante bien, señor —contestó.

—Tengo numerosos proyectos, parte de los cuales, referentes al gobierno de Kivo 7 ya los conocéis. Pero quizá os guste volver a vuestro planeta.

—Aquí no se vive tan mal, señor —dijo Yina.

—Salvo por la comida, que es un poco monótona —refunfuñó Roy.

Ild lanzó unos sonidos levemente chillones, que indicaban risa.

—Procuraremos mejorar ese aspecto de la alimentación —manifestó—. Sin embargo, apreciaría mucho vuestra colaboración. Como seres libres —puntualizó.

Roy se volvió hacia la joven.

—¿Qué te parece, Yina? —consultó.

Ella apoyó la cabeza en el hombro del joven.

—Lo que tú digas, querido —contestó.

—No habrá ya más capturas de seres libres y los que hay en el Zoo serán libertados de inmediato —aseguró Ild.

—En suma, se acabaron los perros del espacio.

—Exactamente.

—Nos quedamos, señor, aunque algún día nos permitirás que hagamos una visita a nuestro planeta. El intercambio entre Kivo 7 y la Tierra siempre será de utilidad —dijo Roy.

—No hay objeción —contestó Ild—. Y gracias por todo lo que habéis hecho para ayudarme.

—Tú fuiste bueno con nosotros. Era lo menos que merecías —dijo Yina.

Roy se frotó el cuello. Se alegraba de no llevar ya el collar.

Ya no era un perro del espacio.

F I N